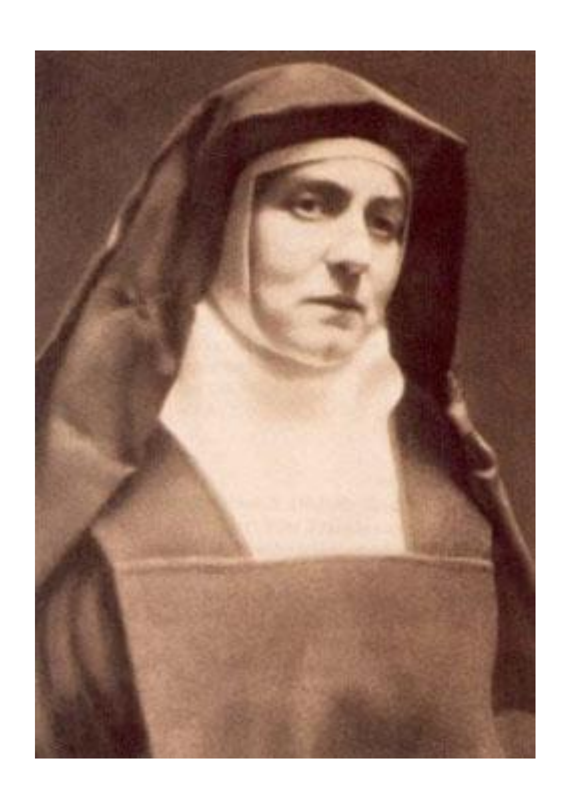
Santa Teresa Benedicta de la Cruz



EDITH STEIN

1. Puesto de la mujer en la Iglesia

La finalidad de la formación religiosa consiste en hacer que los jóvenes encuentren su puesto en el Cuerpo místico de Cristo, el lugar que para ellos ha sido preparado desde la eternidad. Todos los que participan de la redención se transforman en hijos de la Iglesia, y en esto no hay diferencias entre hombres y mujeres. La Iglesia no es sólo la comunidad de los creyentes, sino también el Cuerpo místico de Cristo, es decir, un organismo en el que los individuos asumen el carácter de miembro y de órgano, y por naturaleza los dones de uno son distintos del otro, y del todo; por eso la mujer en cuanto tal tiene un puesto particular orgánico en

la Iglesia. Ella está llamada a personificar, en el desarrollo más alto y puro de su esencia, la esencia misma de la Iglesia, a ser su símbolo. La formación de las muchachas y de las jóvenes tiene que conducir hacia estos grados de pertenencia a la Iglesia.

La primera condición necesaria para comprender esta función consistirá en conocer con claridad cuál es la esencia de la Iglesia. Para la razón humana es particularmente accesible el concepto de Iglesia como comunidad de los creyentes. Quien cree en Cristo y en su Evangelio, quien espera sus promesas, se une a Él por amor y observa sus mandamientos, se liga en la más profunda unidad de pensamiento y de amor con todos aquellos que tienen la misma convicción. Aquellos que vivieron en torno al Señor durante su vida terrenal, se convirtieron en el fundamento de la gran comunidad cristiana: la propagaron, dejando como herencia a los tiempos venideros el tesoro de la fe encerrada en ella.

Si la sociedad humana natural es más que una simple agrupación de individuos y, como se puede constatar, ésta se funde en un tipo de unidad orgánica, esto vale con más razón para la sociedad sobrenatural que es la Iglesia. La unión de la persona con Cristo es algo muy distinto de la unión entre personas humanas: es radicarse en Él y crecer en Él (así nos dice la parábola de la vid y los sarmientos); inicia con el bautismo y se afianza siempre más con los otros sacramentos, asumiendo en cada individuo una orientación diversa. Este real hacerse-uno con Cristo conlleva el transformarse en miembros los unos de los otros para todos los cristianos. Y así la Iglesia se convierte en el Cuerpo de Cristo. El Cuerpo es un cuerpo vivo, y el espíritu que lo vivifica, es el Espíritu de Cristo, que se transmite de la Cabeza a los miembros; el espíritu que se difunde de Cristo es el Espíritu Santo, por eso la Iglesia es templo del Espíritu Santo.

A pesar de la unidad real, orgánica, entre la Cabeza y el cuerpo, la Iglesia está frente a Cristo como persona independiente. En cuanto Hijo del Padre

eterno, Cristo vivía antes que el tiempo y que todos los seres humanos. Con la creación la humanidad comenzó a vivir antes que Cristo asumiese la naturaleza y entrase en ella. Y cuando entró, llevó consigo su vida divina. Con la redención la hizo receptiva y la llenó de gracia: la ha generado de nuevo. La Iglesia es la humanidad nuevamente generada, redimida por Cristo. La primera célula de la humanidad redimida es María: ella fue la primera en la que se actuó la pureza y la santidad de Cristo, la plenitud del Espíritu Santo. Antes de que el Hijo del hombre naciese de esta Virgen, el Hijo de Dios creó esta Virgen llena de gracia, y en ella y con ella creó la Iglesia. Por eso María, en cuanto criatura nueva, está a su lado, aunque esté ligada indisolublemente a él.

Y así cada alma, purificada por el bautismo y elevada el estado de gracia, es generada por Cristo y dada a luz por Cristo. Pero es generada en la Iglesia y dada a luz por medio de la Iglesia. De hecho, es por medio de los órganos de la Iglesia que todo nuevo miembro es formado y llenado de vida divina. Por eso la Iglesia es la madre de todos los redimidos. Pero lo es por su unión íntima con Cristo: ella es la sponsa Christi, que está a su lado y colabora con Él en su obra, la redención de la humanidad.

Órgano esencial en esta maternidad sobrenatural de la Iglesia es la mujer, fundamentalmente con su maternidad corporal. Para que la Iglesia alcance su perfección, -ligada al alcance del número de miembros establecido-, la humanidad tiene que continuar creciendo. La vida de la gracia presupone la vida natural. El organismo corpóreo-espiritual de la mujer está formado para la función de la maternidad natural, y la procreación de los hijos ha sido ratificada por el sacramento del matrimonio y de este modo asumida en el proceso vital de la Iglesia. Pero la participación de la mujer en la maternidad espiritual va mucho más allá; ella está llamada a favorecer en los niños la vida de gracia. La mujer es un órgano inmediato de la maternidad sobrenatural de la Iglesia y participa de esta maternidad sobrenatural. Y eso no se reduce sólo a los propios hijos. El sacramento del matrimonio incluye fundamentalmente la misión

recíproca de favorecer o hacer nacer la vida de gracia en el cónyuge; además es propio de la madre incluir en su preocupación maternal a todos los que viven dependiendo de ella; y, finalmente, es misión de todo cristiano suscitar y promover la vida de fe en toda alma, siempre que sea posible. La mujer está llamada de modo particular a esta misión, por la peculiar posición en que ella se encuentra frente al Señor.

La narración de la creación pone a la mujer junto al hombre como ayuda proporcionada, para que obren juntos como un ser único. La carta a los Efesios representa esta relación como una relación entre cabeza y cuerpo, como un símbolo de la relación entre Cristo y la Iglesia. Por eso hay que ver en la mujer un símbolo de la Iglesia. Eva, que nace del costado de Adán, es un símbolo de la nueva Eva -por tal entendemos a María, pero también a la Iglesia entera- que nace del costado abierto del nuevo Adán. La mujer ligada por un matrimonio auténticamente cristiano, es decir, por una unidad de vida y de amor indisoluble con su esposo, representa a la Iglesia, esposa de Cristo. Esta personificación de la Iglesia es más íntima y perfecta en la mujer que, cual sponsa Christi, ha consagrado su vida al Señor y se ha unido con Él con un vínculo indisoluble. Ella está a su lado como la Iglesia, como la Madre de Dios, que es el prototipo y célula germinal de la Iglesia cual colaboradora en la obra de la redención. El don total de su ser y de toda su vida, le hace vivir con Cristo y colaborar con Él; lo cual significa también sufrir con Él y morir esa muerte de la que surge la vida de gracia para la humanidad. Y así la vida de la esposa de Dios se enriquece con la maternidad espiritual sobre toda la humanidad redimida; y no existe diferencia si ella trabaja directamente entre las personas o si ella con el sacrificio trae frutos de gracia, que ni ella ni ningún otro ser humano tiene conocimiento.

María es el símbolo más perfecto de la Iglesia porque ella es prototipo y origen. Ella es un órgano particularísimo: el órgano del cual fue formado todo el Cuerpo místico, incluso la misma Cabeza. Por su posición orgánica central y esencial se la llama gustosamente el corazón de la iglesia. Las

expresiones cuerpo, cabeza y corazón son imágenes con las que se pretende expresar una realidad. La cabeza y el corazón desempeñan en el cuerpo humano unas funciones fundamentales: los otros órganos y miembros dependen de esos dos en su ser y actuar; y entre cabeza y corazón hay una conexión especialísima. Lo mismo sucede con María que por su especial unión con Cristo necesita de un ligamen real -entendido como místico-, con todos los otros miembros de la Iglesia, unión que supera cualitativa y cuantitativamente la unión que se da entre los miembros, unión semejante a la existente entre madre e hijo, superior a la existente entre los hijos. Llamar a María como Madre no es una simple imagen. Ella es nuestra Madre en sentido real y eminente, en un sentido que trasciende la maternidad terrenal. Ella nos ha generado a la vida de la gracia cuando se entregó a sí misma, todo su ser, su cuerpo y alma a la maternidad divina.

Por todo esto ella nos es muy cercana. Nos ama, nos conoce, se empeña en hacer de nosotros lo que tenemos que ser; sobre todo, nos quiere conducir a la unión más íntima con el Señor. Esto es válido para todos los hombres; para la mujer tiene necesariamente una importancia particular. En su maternidad natural y sobrenatural, y en su esponsalidad con Dios, continúa en cierto modo la maternidad y esponsalidad de la Virgo-Mater. Y así como el corazón de una mujer nutre y sustenta todos sus órganos corporales, así podemos creer que María colabora allí donde una mujer cumple con su misión femenina, igual que está presente la colaboración de María en todas las actividades de la Iglesia. Pero puesto que la gracia no puede actuar en las almas si éstas no se abren a su presencia, del mismo modo María no puede realizar plenamente su maternidad si los hombres no se le abandonan. Las mujeres que desean corresponder plenamente con su vocación femenina, en todos los modos posibles, alcanzarán su fin de un modo más seguro si, además de tener presente la imagen de la Virgo-Mater y tratar de imitarla en su actividad formativa, se confían a su dirección y se abandonan totalmente a su guía. Ella puede formar a su imagen a todos los que le pertenecen.

Aquí hemos señalado los peldaños que conducen a la mujer a su puesto, querido por Dios, dentro de la Iglesia: ser hija de Dios, ser órgano de la Iglesia para la maternidad física y espiritual, símbolo eclesial y sobre todo hija de María. ¿Qué puede hacer el hombre, y especialmente la mujer para orientar a la juventud femenina por este camino?

2. Orientar a la juventud hacia la Iglesia

Por su carácter maternal eclesial, la mujer está llamada en la Iglesia a la formación cristiana de la juventud, especialmente de la juventud femenina. El primer objetivo consiste en conducir a la adopción divina, para lo cual el primer paso esencial es el bautismo. Esto es generalmente tarea de los sacerdotes, si bien los padres son los primeros que tienen que preocuparse de ello. Con el bautismo nace el hijo de Dios, que es hijo de la Iglesia. La vida de gracia en el niño es como una pequeña llama que tiene que ser protegida y alimentada. Protegerla y alimentarla en los primeros años es una misión sobre todo de la madre.

Protegerla significa ampararla de todo soplo que pudiera apagarla. Se apaga con la incredulidad y el pecado, lo cual le es posible al niño sólo después de que ha alcanzado el uso de la razón y de la libertad. Pero incluso antes es necesaria la vigilancia porque pueden entrar en el alma partículas venenosas antes de que se haya despertado la vida espiritual. Todo lo que se presenta ante los ojos del niño, lo que entra por sus oídos, lo que estimula sus sentidos, influye sobre él incluso antes del nacimiento y puede provocar en su alma impresiones cuyas consecuencias en su vida futura son imprevisibles. Por eso la madre tiene que conservar pura la atmósfera en la que vive el niño. Tiene que preocuparse también, de ser y mantenerse pura, y procurar, en la medida de lo posible, mantener lejos del niño a las personas que no gocen de su confianza. La pequeña llama se alimenta, antes de que el niño alcance la razón, con la oración de la madre y la protección de la Madre de Dios, a quien el niño ha sido confiado. En el

momento en el que se despierta la razón, comienza la posibilidad de una formación directa. El niño tiene que aprender a conocer y a amar al Padre del cielo, al niño Jesús, a la Madre de Dios y al ángel de la guarda. Con el desarrollo de la razón se hace posible la profundización en el mundo de la fe. El corazón, puro y no corrompido del niño, no encuentra dificultades para eso; más bien muestra un deseo continuamente creciente. Y apenas la razón se muestra abierta, hay que admitirlo en las fuentes de la gracia, en los sacramentos. Estos son los alimentos más sustanciales de la vida de la gracia y la defensa más eficaz contra los peligros que en estas edades son inevitables: las influencias externas, múltiples y a veces incontrolables.

Si en los primeros años se ha colocado un fundamento sólido y seguro de formación religiosa, el trabajo de la escuela es fácil. Pero sabemos que hoy muchas madres no cumplen con esa misión; cuántos niños llegan a la escuela sin ningún conocimiento de la fe; cuántos están influenciados por la incredulidad de la familia o de la calle; en cuántos la pureza del corazón ha sido dañada por lo que han visto y oído desde la más tierna infancia y que obstruye en ellos el camino para una libre adquisición de las verdades divinas. Pero la empresa no está del todo perdida si el niño encuentra en la escuela lo que le ha faltado en casa: la dirección de una educadora materna, pura, unida a Dios y que lo introduce en la vida de la fe. En el corazón del niño hay, incluso en aquel que ha sido tocado por el pecado, un deseo intenso de pureza, de bondad, de amor, unas ansias inmensas de amar y confiar. La maestra que se presenta como una auténtica madre, enseguida les conquista y puede conducirles donde quiera. Es casi inevitable el ligarles personalmente a sí; pero ella no tiene que quedarse en esto; su fin será el conseguir la instauración en ellos de un contacto firme e inmediato con el mundo de la fe, ligamen que permanece incluso cuando el influjo cesa, y que permanece sin alterarse frente a influencias peligrosas de otras partes.

En los primeros años de escuela, las narraciones bíblicas, expuestas con vivacidad, influyen fuertemente sobre la fantasía y el ánimo. Las prácticas

religiosas incluidas en la vida escolar, -sensibilidad por el año litúrgico, preparación de la Navidad, altar y canciones de mayo, visitas comunes a la iglesia con oraciones y cantos bonitos-, crean hábitos preciosos y entrañables. Pero sería peligroso fiarse de la fantasía, del sentimiento, de la fuerza de las buenas costumbres; sería como desconocer la fuerza inmensa de las pasiones y de las grandes crisis de la vida; sería desconocer la naturaleza femenina, en la que ciertamente la fantasía y el ánimo (con esto se entiende el dominio de los sentimientos y de las emociones) fácilmente se encienden y arrastran, pero que no son el centro vital del que dependan las decisiones más importantes.

La formación religiosa para que sea duradera tiene que estar anclada en valores objetivos, y tiene que contraponer a las potentes realidades de la naturaleza, las realidades aún más potentes de la gracia. Por eso es necesario preparar cuanto antes para la recepción de los sacramentos, preocuparse por un acercamiento frecuente a los mismos y exhortar a la comunión cotidiana. No menos necesaria resulta la preparación para una recepción fecunda de los sacramentos; los sacramentos hay que comprenderlos en su auténtico significado; la gran realidad sobrenatural que en ellos se esconde y actúa por su medio en el alma, tiene que ser alcanzada por la inteligencia. Eso exige una reestructuración de la formación religiosa desde el inicio, pero sobre la base de una enseñanza dogmática clara y profunda (exigencia que no se limita sólo a este caso, sino que es necesaria siempre que se quiera anclar la religiosidad en valores objetivos y se quiera orientar hacia las realidades sobrenaturales). La formación religiosa, de hecho, tiene que poner las bases para una auténtica vida de fe, y la fe no es objeto de fantasía ni de un sentimiento piadoso, sino comprensión intelectual (aunque no se trate de penetración racional) y adhesión de la voluntad a las verdades eternas; la fe plena y formada es una de las acciones más profundas de la persona en donde se realizan todas las potencias. Los sentidos y la fantasía mueven la inteligencia y son necesarios como punto de partida; los movimientos del ánimo estimulan la voluntad a adherirse, de ahí que sean una ayuda preciosa. Pero si se contenta con eso, si no se estimulan los actos propios

de la inteligencia y de la voluntad, difícilmente se formará una vida de fe auténtica.

¿Quién se atrevería a contestar la inteligencia y la voluntad de las jóvenes? Significaría negarles el pleno carácter humano. Lo que no les atrae es el conocimiento abstracto, puramente intelectual: quieren entrar en contacto con la realidad y quieren abrazarla no sólo con la inteligencia sino con el corazón. Precisamente, porque su naturaleza les lleva a poner toda su personalidad en sus actos interiores, se sienten muy atraídas por la fe, que exige de toda la persona y de todas sus energías; es más fácil llevarles a ellas la vida de fe que a los muchachos. Mientras que la enseñanza memorística de las frases incomprensibles del catecismo resulta desastrosa, introducir en los misterios de la fe resulta muy fructífero. Cuando el evangelio de la Navidad, la celebración navideña con los dones del Niño Jesús y el encanto misterioso de la noche santa, abren al conocimiento de María y del Niño que conquistan los corazones, surge espontáneo el deseo de acercarse a ellos y conocerlos más profundamente. Entonces, éste es el momento oportuno para señalar los misterios de la Encarnación y de la excelsa vocación de la Madre de Dios. Así se despierta la comprensión de la íntima unión que nos une con el poder sobrenatural, suscitando un confiado abandono para toda la vida. La narración evangélica de la última Cena prepara el terreno para una profunda introducción en el misterio eucarístico; la pasión y la resurrección sirven para introducir en el misterio de la redención, en el auténtico significado del dolor, de la muerte y resurrección. La exposición de los misterios cristianos tiene que conducir a una transformación en la vida práctica. Esto sucederá sólo si, quien explica a las niñas estos misterios, está compenetrado y conformado con estos misterios; y sólo si la oración litúrgica es expresión de su vida litúrgica[1], entonces será de provecho y eficaz su labor formativa religiosa.

Frecuentemente se ha destacado que las mujeres, debido a la unidad de su ser, consiguen más fácilmente empapar de fe toda su vida; ello implica

que fácilmente están en grado de ofrecer una enseñanza vital formativa de la religión. De todos modos será más fácil para ellas influir de modo decisivo sobre las niñas. No quiero con ello aludir a una limitación de la influencia del sacerdote, lo que pretendo afirmar es que la importancia de la mujer en la educación de la juventud tiene que ser subrayada. Acción que no tiene que traer solamente fruto en el sector de la enseñanza de la religión (por muy fundamental que éste sea), sino en toda enseñanza escolar y también fuera de la escuela.

Cuanto mayores son los peligros a los que está expuesto el niño fuera de la escuela, en casa o en la calle, -al menos cuando la escuela no es confesional-, más necesaria se hace la protección del niño fuera de la escuela por parte de la Iglesia. La Ayuda al Niño, asociación nacida en algunos lugares por iniciativa privada, tendría que estar organizada a gran escala, y poner las bases para la formación juvenil, porque precisamente en los primeros años es cuando se puede poner el fundamento sólido de la religiosidad para toda la vida. Todo sacerdote y toda maestra sabe lo difícil que es la formación de las niñas -especialmente en el campo religioso-, durante los años de la pubertad; hay muy pocas posibilidades de éxito si anteriormente no se hizo nada sólido que pueda resistir esta tempestad de la pubertad. Hay muchas quejas porque el trabajo en asociaciones juveniles tiene poco éxito; esto depende ciertamente del hecho de que se ha comenzado demasiado tarde y, precisamente, en la edad del desarrollo, que es la menos indicada.

Naturalmente una asociación de Ayuda al Niño que quisiera desarrollar un trabajo que diese frutos, tendría que contar con un buen número de educadoras. No creo que fuera imposible conseguirlo sí se dirigiese la atención hacia la gran cantidad de jóvenes maestras desocupadas y se les diese la necesaria formación religiosa, psicológica y pedagógica. (Ciertamente habría que examinarlas detenidamente antes de confiarles este trabajo). Incluso entre las responsables activas de las asociaciones

juveniles habría algunas que estarían contentas y dispuestas a dedicarse al trabajo con los más pequeños.

El primer paso en la formación religiosa, introducir en la filiación divina, tendría que llevarse a cabo en los primeros años de vida y venir en adelante continuamente repetido y profundizado. Así los años de la adolescencia quedarían libres para un paso ulterior que habría que afrontar en esa edad: preparar a la mujer para que asuma su lugar en el Cuerpo de la Iglesia. Y habría que aprovechar la crisis que vive la adolescente en el cuerpo y en el alma, y que tanto la absorbe, para hacerla comprender la grandeza y el sentido sagrado que encierra lo que ella experimenta en sí misma.

A esta tarea está llamada en primer lugar la madre. ¡Pero qué pocas son las madres, incluso entre las buenas y concienzudas, que están en grado de asumir este papel! Incluso para el sacerdote (catequista o director espiritual) es una tarea casi imposible. El puede que haya estudiado psicología y tenga una larga experiencia con muchachas, pero el alma de la adolescente permanece para él como una tierra desconocida (y cuanto más sepa de psicología más clara le resulta esta realidad). Le falta, en este problema tan delicado, la seguridad, la libertad y desenvoltura necesaria. Y si tuviese todo esto, la desenvoltura le faltaría a la adolescente y sería muy difícil conseguir que la alcanzase. Incluso las mujeres maduras difícilmente consiguen hablar con objetividad y libertad sobre los temas de la vida sexual, porque para ellas son problemas que van indisolublemente unidos con su personalidad íntima. (Serenidad y objetividad en este campo pueden alcanzarse con una exposición auténticamente científica, sobre todo médica; pero aún mejor si va acompañada por la valoración sobrenatural que hace accesible a una sobria consideración objetiva la misma personalidad íntima). Pero las muchachas en su adolescencia, edad en la que muy poco comprenden de sí mismas y de las cosas en general, y para las cuales toda argumentación tiene un carácter misterioso y sensacionalista, y que en el sacerdote ven

un hombre ante el que se avergüenzan, muy difícilmente podrán llegar a asumir ante él una actitud justa[2].

Para la educadora es mucho más fácil todo esto si tiene libertad para desenvolverse, una actitud que nace de la consideración de estos hechos naturales a la luz de la fe. Y si por experiencia tiene un conocimiento íntimo de las muchachas y goza de su confianza plena, fácilmente conseguirá afrontar los problemas que les queman dentro y hablar del modo exacto: un modo general y objetivo que evita la impresión de querer entrar en el ámbito personal; pero también de modo que cada una pueda encontrar la respuesta a las propias dudas, y eventualmente la valentía de buscar la solución a particulares dificultades con un coloquio personal. En estos años habría que ofrecer una conceptualización clara, plenamente católica del matrimonio y de la maternidad. Las adolescentes aprenderían de este modo a ver el desarrollo que experimentan dentro de sí como una preparación a su vocación; esto les daría la fuerza para superar bien la crisis, para poder ayudar ellas mismas, como madres o educadoras, a las generaciones que les siguen.

Hay que explicar la maternidad en su sentido verdadero; no sólo natural sino también sobrenatural. Por eso es necesario aclarar que la maternidad sobrenatural es posible independientemente de la maternidad física. Esto es muy necesario para que las que no lleguen al matrimonio, puedan dirigir su vida de un modo correcto. Tendrán que entrar en la vida profesional, dispuestas a conducir allí toda su existencia, pero dando a su vida un rostro auténticamente femenino. A esta disposición tan importante tendría que preparar también la escuela: durante las clases de religión y en las otras horas, siempre que surja la oportunidad de hablar de la vida futura. Esta disposición tendría que influir profundamente en el momento de elegir una profesión. En los años de trabajo común en las asociaciones femeninas tendría que profundizarse en esto y traer las consecuencias prácticas que conlleva. Es de suma importancia que las

jóvenes vean en su educadora un ejemplo vivo de maternidad y participen de esos frutos.

Considero de extrema importancia la comprensión profunda de la maternidad virginal de María y de su asistencia maternal a las muchachas que se preparan y a las mujeres que cumplen con su vocación femenina. Lo que dije sobre la importancia de la dogmática para toda formación religiosa, quisiera repetirlo y subrayarlo en relación con la devoción a María. Tendría que ser explicada con toda su eficacia y basada sobre los firmes fundamentos dogmáticos. Las tradiciones devocionales marianas, presentes en muchas congregaciones, no me parecen muy eficaces hoy en día. Las poesías y preces a la Virgen, los símbolos de colores y banderas marianas, ciertamente ejercen un encanto sobre los niños; son además expresión de un auténtico amor mariano y a menudo han abierto las puertas de la gracia a los incrédulos. Pero la experiencia no puede negar que en muchos casos ya no sostienen a las jóvenes ante ciertos peligros a los que están expuestas. Ante el peso real de la tentación y de las pasiones fácilmente caen los medios simples de la psicología y la estética. Sólo la fuerza desplegada del misterio puede salir triunfante. Sólo la joven que ha comprendido la grandeza de la pureza virginal y de la unión con Dios, luchará seriamente por la propia pureza. Sólo quien cree en el poder ilimitado del Ausilium Christianorum, se confiará a su protección, no sólo con las palabras pronunciadas en los labios, sino con un acto de entrega íntimo y potente. Y quien está bajo la protección de María, está bien custodiado.

Profundizando en la mariología se profundiza también en la idea de sponsa Christi. Para completar una buena formación cristiana es necesario tomar conciencia de la propia excelsa vocación de estar al lado del Señor y conducir la propia vida en unión con Él.

Ninguna vida de mujer es vacía o pobre, si está iluminada por la alegría sobrenatural. Este tiene que ser el fin de la educación de las jóvenes: entusiasmarlas por el ideal de hacer de la propia vida un símbolo misterioso de la unión de Cristo con su Iglesia, con la humanidad redimida. La muchacha que llegue al matrimonio, tiene que saber que tiene este significado simbólico excelso, y que ella tiene que honrar en su esposo la imagen del Señor. Quien comprenda esto seriamente, no contraerá una unión tan fácilmente; primero querrá poner a prueba a la otra parte para ver si se le ha concedido la misión de cumplir una misión tan santa. Y quien se decide, tiene que saber que tendrá que gastar toda su vida para llevar a plenitud en sí y en el esposo la imagen divina; incluso en el peor de los casos -por desilusión o despreocupación-, no puede venir a menos; tiene que saber que recibe los hijos del Señor y que tiene que hacerlos crecer para el Señor. Y aquellas, que por elección libre o por las circunstancias de la vida renuncian al matrimonio, tienen que creer con alegría que el Señor las ha reservado para unirlas con Él con un ligamen especialísimo. Tiene que conocer los diversos estilos de vida de dedicación a Dios, sea en las órdenes religiosas o en las profesiones terrenales. La vida claustral será más fácil de conocer en contacto con una comunidad activa que, en la dedicación a los enfermos, a la enseñanza o a trabajos sociales, cumple con una vocación típica femenina en la que se realiza el amor de Cristo. También se puede hacer una peregrinación o visita a una abadía, donde las niñas pueden conocer la oración litúrgica en toda su belleza y majestuosidad; más fácilmente será después hacerles comprender en profundidad esa forma de vida en la que el opus Dei[3] ocupa el primer lugar. La vida de Santa Teresita del Niño Jesús puede servir de orientación hacia el jardín cerrado del Carmelo, hacia el misterio del sacrificio de sí y de la participación en la redención a través de la expiación. Hoy tenemos, además, ante los ojos muchas figuras de mujeres que viven en el mundo y están íntimamente unidas con el Señor, alcanzando un grado excelso de perfección. Se trata de un tesoro infinito que puede abrirse a las muchachas en la lectura común, en narraciones, en conversaciones confiadas. Existen, entre estas mujeres, educadoras que conocen las fuentes de la vida en las que se cobijan y que llevan en sí el fuego con el que encienden a las almas juveniles.

Quien está trabajando con jóvenes, conoce el estado de miseria y de no preparación con el que llegan los niños a la escuela o a las asociaciones juveniles; podría parecer demasiado elevado e inalcanzable el ideal aquí trazado comparado con el material que se tiene entre manos. Pero si el fin es claro e incontestable, y puesto por Dios -y creo que lo sea-, la formación tiene que tender a ello, de otro modo sería un esfuerzo vacío e insensato. La vocación del cristiano es la santidad, y su objetivo vital consiste en elevarse hasta ella desde la profundidad del pecado.

Es cierto que aquí se nos presenta una contradicción terrible: por un lado, jóvenes ligeras, superficiales, sensuales, que no piensan más que en bonitos vestidos y en amoríos; por otra parte, los excelsos misterios de la fe. Quien pasa un par de horas a la semana con jóvenes y piensa que las tendrá alejadas de las amistades peligrosas con buenas amistades, no conseguiría nada. De hecho la vida exterior seduce más fácilmente que el grupo de buenas amigas; y si éstas la desagradan un poco, no gustará más de su compañía. Pero si la formación se inicia en la tierna infancia, se desarrolla una continua unión de vida; si se ilumina la vida del niño con la alegría por todas las criaturas de Dios y, al mismo tiempo, se planta en su tierno corazón el cimiento seguro del edificio de su vida que tendrá que elevarse hasta el cielo, y si día a día, año tras año se trabaja en eso, entonces el fin no es inalcanzable. Por el contrario, resulta fácilmente alcanzable porque por el puente construido hacia nosotros desde el más allá, vienen las fuerzas enviadas desde lo alto en nuestra ayuda y pueden actuar todo lo que el esfuerzo humano no puede alcanzar.

Hoy en día hay millones de niños huérfanos y faltos de un hogar, aunque tengan una casa y una madre. Tienen hambre de amor, esperan una mano segura que les levante de la miseria y de la inmundicia a la pureza y a la luz. Y nuestra gran madre, la santa Iglesia, ¿cómo podría no alargar sus brazos y acoger en su corazón a estos pequeños, amados por el Señor?

Pero la Iglesia necesita de brazos y corazones humanos, de brazos y corazones maternales.

Trabajar entre los jóvenes, y sobre todo entre la juventud femenina, en nombre de la Iglesia, es quizás la mayor misión que se le presenta hoy a la Alemania católica. Si se cumple con esta misión, podremos tener puesta la esperanza en una generación de madres cuyos hijos tendrán una casa, sin necesidad de tener que confiarlos en manos de extraños como huérfanos; y se creará en Alemania un pueblo moralmente sano y creyente en Cristo.

____

[1] N.d.t.: cuando Edith Stein habla de vida litúrgica está diciendo que el auténtico vivir cristiano, la verdadera espiritualidad del cristiano, tiene que ser una vida configurada con cuanto se celebra y vive en la liturgia de la Iglesia

[2] Rodolfo PEIL anota en su libro, Konkreten Mädchenpädagogik, Honnef a. Rh. 1932, que las adolescentes ven en el sacerdote fundamentalmente su carácter objetivo, y precisamente por esto se abren a él más fácilmente que a la madre o a la maestra. No lo pongo en duda si el sacerdote es auténticamente sacerdote y las muchachas tienen una formación religiosa tan elevada que les permite asumir esta posición conforme a la realidad de las cosas. Sin embargo, pongo en duda que la situación concreta de la que habla el P. Peil, se corresponda con la situación general presente en nuestra labor educativa.

[3] N.d.t.: con esta denominación latina "obra de Dios", se entiende la liturgia oficial de la Iglesia.

Cómo llegué al Carmelo de Colonia

Muchas veces se oye la propuesta de no mencionar los convertidos al catolicismo para no herir susceptibilidades, y no entorpecer el ecumenismo o el diálogo interreligioso. Con motivo de la canonización de Edith Stein un coro de protestas se levantó de algún sector del judaísmo, e incluso alguno llegó a decir: "Es un premio a la apostasía".

Creemos que no es ésta una actitud adulta.

Los convertidos son, en general, personas especialmente aptas para el trabajo del verdadero diálogo, por su conocimiento no sólo intelectual sino también experimental de las partes que buscan dialogar. Y por su amor común a ambas partes.

Presentamos este pequeño escrito de Edith Stein, en el que explica como su ingreso en el Carmelo, lejos de ser una muestra de su desinterés por su pueblo -el hebreo- fue un acto de amor y ofrecimiento para unirse a la cruz que su pueblo tuvo que cargar en esos terribles días.

Dos días antes de partir vino a visitarme su padre (Hans Biberstein). Era grande el apremio que le movía a exponerme sus reparos aunque no se prometiera ningún resultado. Lo que yo quería realizar acentuaba agudamente la línea de división con el pueblo judío, que por entonces estaba tan oprimido. El no podía comprender que la misma cosa fuera de otra manera muy distinta desde mi punto de vista.

La incomprensión la acompañó en su momento, pero su amor fue más grande, al punto de sacrificarse por aquellos que no la entendieron. Cómo Dios aceptó su ofrecimiento, es algo que ya sabemos: mártir de Cristo por amor al pueblo hebreo.

Quizás, después de Navidad, abandonaré esta casa. Las circunstancias que han hecho necesario mi traslado a Echt (Holanda), me recuerdan vivamente las condiciones del momento de mi entrada. Una profunda conexión existe entre ellas.

Cuando a principios del año 1933 se erigió el "Tercer Reich", hacía un año que era profesora en el Instituto alemán de Pedagogía en Münster de Westfalia. Vivía en el "Collegium Marianum" en medio de un gran número de estudiantes religiosas de distintas congregaciones y de un pequeño grupo de otras estudiantes. Cariñosamente atendida por las religiosas de Nuestra Señora. Una tarde de Cuaresma regresé tarde a casa de una reunión de la Asociación de Académicos católicos. No sé si había olvidado la llave o estaba metida otra llave por dentro. De todos modos no pude entrar en casa. Con el timbre y con palmadas traté de ver si alguien se asomaba a la ventana, pero fue inútil. Las estudiantes que dormían en las habitaciones que dan a la calle estaban ya de vacaciones. Un señor que pasaba por allí me preguntó si podía ayudarme. Al dirigirme hacia él, hizo una profunda reverencia y dijo: "Srta. Doctora Stein, ahora la reconozco".

Era un maestro católico, miembro de la Asociación de trabajo del Instituto. Pidió perdón por un momento para hablar con su mujer que, con otra señora, iba más adelante. Habló un par de palabras con ella y se volvió hacia mi. "Mi señora la invita de todo corazón a pasar esta noche con nosotros". Era una buena solución; acepté dándole las gracias. Me llevaron a una sencilla casa burguesa. Tomamos asiento en el salón. La amable señora colocó una fuente con fruta sobre la mesa y se marchó para prepararme una habitación. Su marido comenzó a conversar y a contarme lo que los periódicos americanos decían de las crueldades que se cometían contra los judíos. Eran noticias sin fundamento que no quiero repetir. Sólo ahora tengo la impresión de revivir lo de aquella noche. Ya antes había oído hablar de las fuertes medidas contra los judíos. Pero entonces me vino como una luz, que Dios nuevamente había dejado caer su mano pesada sobre su pueblo y que el destine de este pueblo también era el mío. Yo no dejé advertir al señor que estaba conmigo lo que en aquel instante pasaba dentro de mí. Nada sabía él de mi origen. En tales casos solía hacer la oportuna observación. Esta vez no lo hice. Me parecía como herir la hospitalidad si con tal noticia iba a perturbar el descanso nocturno.

El Jueves de la Semana de Pasión fui a Beuron. Desde 1928 había celebrado allí todos los años la Semana Santa y Pascua, haciendo en silencio ejercicios espirituales. Esta vez me llevaba un motivo especial. En las últimas semanas había pensado continuamente si no podría hacer algo en la cuestión de los judíos. Últimamente había planeado viajar a Roma y tener con el Santo Padre una audiencia privada para pedirle una Encíclica. Sin embargo no quería dar este paso por mi propia cuenta. Había hecho ya hacía varios años los santos votos en privado. Desde que hallé en Beuron una especie de patria monacal, vi en el Abad Rafael el "Abad de mi vida", y le presentaba, para su resolución, toda cuestión importante. No era seguro que le pudiera encontrar. Había emprendido a principios de enero un viaje al Japón. Pero sabía que el haría todo lo posible por estar allí en la Semana Santa.

Aunque era muy propio de mi manera de ser dar tal paso exterior, sentía, sin embargo, que aún no era el "oportuno". En qué consistiese lo oportuno, aún no lo sabía. En Colonia interrumpí el viaje del jueves por la tarde hasta el viernes por la mañana. Tenía allí una catecúmena a la que de todas formas tenía que dedicar algo de tiempo. Le escribí que se enterara dónde podríamos asistir por la tarde a la "Hora Santa". Era la víspera del primer viernes de abril y en aquel "Año Santo" de 1933 se celebraba más solemnemente la memoria de la Pasión de Nuestro Señor. A las ocho de la tarde nos encontrábamos en la Hora Santa en el Carmelo de Colonia-Lindenthal. Un sacerdote (el vicario catedralicio Wüsten, como supe después) dirigió una alocución anunciando que en adelante se tendría aquella celebración todos los jueves. Hablaba bien y conmovido, pero a mí me ocupaba otra cosa más honda que sus palabras. Yo hablaba con el Salvador y le decía que sabía que era su cruz la que ahora había sido puesta sobre el pueblo judío. La mayoría no lo comprendían, pero aquellos que lo sabían, deberían cargarla libremente sobre sí en nombre de todos. Yo quería hacer esto. Él únicamente debía mostrarme cómo. Al terminar la celebración tuve la certeza interior de que había sido escuchada. Pero dónde tenía que llevar la cruz, eso aún no lo sabía.

A la mañana siguiente continué mi viaje a Beuron. Al hacer trasbordo al anochecer en Immendingen me encontré con el P. Aloys Mager. El último

trayecto lo hicimos juntos. Poco después del saludo me había comunicado la noticia mas importante de Beuron: “el P.Abad ha regresado esta mañana sano y salvo del Japón”. Así todo estaba en orden.

Mis informes de Roma dieron por resultado que a causa del gran ajetreo no tenía posibilidades de una audiencia privada. Sólo para una “pequeña” audiencia (es decir, en un grupo pequeño) se me podría ayudar en algo. Con eso no me bastaba, por lo que desistí de mi viaje y me decidí por escribir. Sé que mi carta fue entregada sellada al Santo Padre. Algún tiempo después recibí su bendición para mí y para mis familiares. Ninguna otra cosa se consiguió. Más adelante pensé muchas veces si no le habría pasado por la cabeza el contenido de mi carta, pues, en los años sucesivos se fue cumpliendo punto por punto lo que yo allí anunciaba para el futuro del Catolicismo en Alemania.

Antes de mi partida pregunté al Padre Abad qué debía hacer si se terminaba mi actividad en Münster. Para él era imposible pensar que pudiera suceder aquello. Durante mi viaje a Münster leí en un periódico la crónica de una gran reunión de maestros nacional-socialistas, en la que habían participado también juntas confesionales. Era claro para mí que en la enseñanza era donde menos se tolerarían influencias contrarias a la dirección del poder. El Instituto en el que yo trabajaba era exclusivamente católico, fundado por la Liga de maestros y maestras católicos y sostenido asimismo por ella. Por lo mismo, sus días estaban contados. Yo podía contar justamente con el fin de mi breve carrera de profesora.

El 19 de abril estaba de vuelta en Münster. Al día siguiente fui al Instituto. El Director estaba de vacaciones en Grecia. El administrador, un profesor católico, me condujo a su oficina y desahogo conmigo su dolor. Hacía semanas que estaba haciendo agitadas gestiones y se hallaba desmoralizado. “Calcule usted, señorita doctora, que alguien ha dicho: ¿la señorita doctora Stein no podrá continuar dando sus lecciones?”. Sería mejor que renunciara yo a anunciar lecciones para este verano y trabajara en silencio en el Marianum. Hasta el otoño se podía haber despejado la situación, el Instituto pudiera haber pasado a cargo de la Iglesia y entonces nada se opondría a mi colaboración. Recibí el comunicado muy serenamente. No necesitaba ser consolada. “Si esto no resulta -dije yo-,

entonces ya no queda para mí ninguna posibilidad en Alemania". El administrador me expresó su admiración de que yo viera tan claro, a pesar de que vivía tan abstraída y me preocupaba tan poco de las cosas de este mundo.

Me sentía casi mejor al ver que también me tocaba la suerte general, pero tenía que reflexionar sobre lo que debía hacer en adelante. Pregunté su opinión a la presidenta de la Liga de maestras católicas. Ella había sido la causa de que yo hubiese venido a Münster. Me aconsejó que me quedara en todo caso aquel verano en Münster y que prosiguiese el trabajo científico comenzado. La Liga cuidaría de mi sustento, ya que podría reportar alguna ganancia con mi trabajo. Si no me fuera posible reanudar mi actividad en el Instituto, podría mirar más adelante las posibilidades que se ofrecieran en el extranjero. Efectivamente me llegó un ofrecimiento de Sudamérica. Mas cuando vino se me había mostrado ya otro camino muy distinto.

Unos diez días después de mi retorno de Beuron me vino el pensamiento: ¿no será ya tiempo, por fin, de ir al Carmelo? Desde hacía casi doce años era el Carmelo mi meta. Desde que en el verano de 1921 cayó en mis manes la "Vida" de nuestra Santa Madre Teresa y puso fin a mi larga búsqueda de la verdadera fe. Cuando recibí el bautismo el día de Año Nuevo de 1922, pensé que aquello era sólo una preparación para la entrada en la Orden. Pero unos meses más tarde, después de mi bautismo, al hacérselo presente a mi madre, vi muy claro que no podría encajar el segundo golpe. No hubiese muerto, pero hubiese sido como llenarla de una amargura que yo no podría tomar sobre mí. Debía esperar con paciencia. Así me lo aseguraron también mis directores espirituales. La espera se me hizo últimamente muy dura. Me había vuelto una extraña en el mundo. Antes de aceptar la actividad en Münster y después del primer semestre pedí con mucho apremio permiso para poder entrar en la Orden.

Me fue negado con miras a mi madre y a la actividad que desempeñaba desde hacía varios años en la vida de círculos católicos. Me avine a ello. Pero ahora los muros habían sido derribados. Mi actividad había tocado a su fin. Y ¿mi madre no preferiría saber que estaba en un convento de

Alemania que no en una escuela en Sudamérica? El 30 de abril, domingo del Buen Pastor, se celebraba en la iglesia de San Ludgerio la fiesta de su patrón con trece horas de adoración. A última hora de la tarde me dirigí allí y me dije: “no me iré de aquí hasta que no vea claramente si tengo que ir ya al Carmelo”. Cuando se impartió la bendición tenía yo el sí del Buen Pastor.

Aquella misma noche escribí al Padre Abad. Estaba en Roma y no quise enviar la carta por la frontera. Encima del escritorio esperaría hasta que la pudiese enviar a Beuron. Hacia mediados de mayo obtuve el permiso para dar los primeros pasos. Lo hice enseguida. Por mi catecúmena en Colonia supliqué una entrevista a la señorita doctora Cosack. Nos habíamos encontrado en octubre de 1932 en Aquisgrán. Se me presentó porque sabía que yo rondaba muy cerca del Carmelo y me dijo que ella mantenía una estrecha relación con la Orden y especialmente con el Carmelo de Colonia. Por ella quería enterarme de las posibilidades. Me contestó que el domingo anterior a la fiesta de la Ascensión podría disponer de algún tiempo para mí.

Recibí la noticia el sábado con el correo de la mañana. A mediodía me dirigí hacia Colonia. Quedé de acuerdo por teléfono con la doctora Cosack para que fuera a buscarme a la mañana siguiente para dar un paseo juntas. Ni ella ni mi catecúmena sabían por el momento para qué había venido. Esta me acompañó a la misa de la mañana al Carmelo. A la vuelta me dijo: “Edith, mientras estaba arrodillada a su lado, me vino la idea de que quiere entrar ahora en el Carmelo”. No quise ocultarle por más tiempo mi secreto. Me prometió no decir nada. Algo más tarde llegó la señorita doctora Cosack.

Tan pronto como estuvimos de camino hacia el parque de la ciudad, le dije lo que deseaba. Le añadí además lo que se podría alegar contra mi: mi edad (42 años), mi ascendencia judía, mi falta de dote. Ella encontró que esto no dificultaría mi deseo. Me dio esperanzas de que podría ser admitida aquí en Colonia, ya que quedarían algunos puestos libres con la nueva fundación de Silesia: una nueva fundación a las puertas de mi ciudad, Breslavia. ¿No era esto una señal del cielo?

Di a la señorita Cosack tan amplio informe de mi evolución para que ella misma pudiera formarse un juicio sobre mi vocación al Carmelo. Me propuso hacer las dos juntas una visita al Carmelo. Ella mantenía especialmente contacto con Sor Marianne (Condesa Praschma), que tenía que ir a Silesia para la fundación. Con ella quería hablar primero. Mientras ella estaba en el locutorio, estaba yo arrodillada muy cerca del altar de Santa Teresita. Me sobrecogió la paz del hombre que ha llegado a su fin. La entrevista duró mucho. Cuando finalmente me llamó la señorita Cosack, me dijo confiadamente: "Creo que se hará algo". Había hablado primero con la hermana Marianne y a continuación con la Madre Priora (entonces Madre Josefa del Santísimo Sacramento) y me había preparado bien el camino. Pero ya no daba el horario del monasterio más tiempo para locutorio. Tenía que volver después de vísperas. Mucho antes de vísperas ya estaba yo nuevamente en la capilla y recé las vísperas con ellas. Tenían también el ejercicio de mayo tras las rejas del coro. Eran las tres y media cuando fui llamada al locutorio. Madre Josefa y nuestra amada Madre (Teresa Renata del Espíritu Santo, entonces subpriora y maestra de novicias) estaban en la reja. Nuevamente di cuenta de mi camino: cómo el pensamiento del Carmelo no me había abandonado nunca; que había estado ocho años en las dominicas de Espira como profesora; cuán íntimamente había estado unida con el convento y no quise entrar allí; había considerado a Beuron como la antesala del cielo y, no obstante, nunca pensé hacerme benedictina. Siempre fue como si el Señor me reservase en el Carmelo lo que sólo ahí podía encontrar. Les conmovió. La Madre Teresa únicamente tenia el escrúpulo de la responsabilidad que se podía adquirir admitiendo a alguien del mundo que pudiera hacer aún tanto fuera. Por último me dijeron que tendría que volver cuando el P. Provincial estuviera allí. Le esperaban pronto.

Por la tarde regresé a Münster. Había adelantado mucho más de lo que hubiera podido esperar a mi partida. Pero el P. Provincial se hizo esperar. Durante los días de Pentecostés estuve muchas veces en la catedral de Münster. Movida por el Espíritu Santo escribí a la Madre Josefa pidiéndole con insistencia una respuesta rápida, ya que por mi situación incierta quería saber con claridad con qué podía contar. Fui llamada a Colonia. El Padre delegado del convento quería recibirme sin aguardar más al

Provincial. Debía ser propuesta esta vez a las capitulares que debían votar mi admisión. Estuve en Colonia otra vez desde el sábado por la tarde hasta el domingo por la noche (creo que era el 18-19 de junio). Madre Josefa, Madre Teresa y la Hna. Marianne me dijeron que antes de hacer mi visita al señor Prelado debía presentarme a mi amiga.

Ya iba para casa del Dr. Lenné cuando fui sorprendida por una tormenta, llegando completamente empapada. Tuve que esperar una hora antes de que él apareciese. Después del saludo se llevó la mano a la frente y me dijo: "¿Qué era, pues, lo que tú deseabas de mí? Lo he olvidado completamente". Le respondí que era una aspirante para el Carmelo de la cual él ya tenía noticia. Cayó en la cuenta y cesó de tutearme. Más tarde supe que con aquello quería probarme. Yo lo había tragado todo sin pestañear. Me hizo que le contase de nuevo todo lo que él ya sabía. Me dijo los reparos que él pondría contra mí, asegurándome galantemente que las monjas ordinariamente no se vuelven atrás por sus objeciones y que el trataría de unirse buenamente con ellas. Me despidió dándome su bendición.

Después de vísperas vinieron todas las capitulares a la reja. Nuestra amada Madre Teresa, la más anciana, se acercó más a ella para ver y oír mejor. La Hna. Aloisia, muy entusiasta de la liturgia, quiso saber algo de Beuron. Con esto podía tener esperanzas. Por último tuve que cantar un cántico. Ya me lo habían dicho el día anterior, pero yo lo había tomado como una broma. Canté: "Bendice, Tú, María…", algo tímida y en voz baja.

Después dije que se me había hecho más difícil que hablar ante mil personas. Según supe más tarde, las monjas no lo captaron pues no estaban enteradas de mi actividad de conferenciante. Una vez que las monjas se habían alejado, me dijo la Madre Josefa que la votación no podría hacerse hasta la mañana siguiente. Tuve que partir aquella noche sin saber nada.

La Hna. Marianne, con quien hablé a lo ultimo a solas, me prometió un aviso telegráfico. Efectivamente, al día siguiente recibí el telegrama: "Alegre aprobación. Saludos. Carmelo". Lo leí y me fui a la capilla para dar gracias.

Habíamos convenido ya todo lo demás. Hasta el 15 de julio tenía tiempo para liquidar todo en Münster. El día 16, festividad de la Reina del Carmelo, lo celebraría en Colonia. Allí debía permanecer un mes como huésped en las habitaciones de la portería, a mediados de agosto ir a casa, y en la fiesta de nuestra Santa Madre, 15 de octubre, ser recibida en clausura. Se había previsto además mi traslado posterior al Carmelo de Silesia.

Seis grandes baúles de libros precedieron mi viaje a Colonia. Escribí por esto que ninguna otra carmelita había llevado consigo una tal dote. La Hna. Ursula se preocupó de su custodia y se dio buena mana para dejar separados, al desempaquetar, los de teología, filosofía, filología, etc. (así estaban clasificados los baúles) Pero al final todos se mezclaron.

En Münster sabían muy pocas personas a dónde iba. Quería, en cuanto fuera posible, mantenerlo en secreto mientras mis familiares aún no lo supiesen. Una de las pocas era la superiora del Marianum. Se lo había confiado tan pronto como recibí el telegrama. Se había preocupado por mí y se alegró muchísimo. En la sala de música del colegio tuvo lugar, poco antes de mi partida, una velada de despedida. Las estudiantes la habían preparado con mucho cariño y también las religiosas tomaron parte en ella. Yo se lo agradecí en dos palabras y les dije que cuando se enterasen más tarde de dónde estaba se alegrarían conmigo.

Las religiosas de casa me regalaron una cruz relicario que les había dado a ellas el difunto obispo Juan Poggenburg. La Madre superiora me lo trajo en una bandeja cubierta de rosas. Cinco estudiantes y la bibliotecaria fueron conmigo hasta el tren. Pude llevar para la Reina del Carmelo en su fiesta hermosos ramos de rosas. Poco más de año y medio hacía que había llegado como una extraña a Münster. Prescindiendo de mi actividad docente, había vivido allí en el retiro claustral. No obstante dejaba ahora un gran círculo de personas que me tenían amor y fidelidad. Siempre he conservado el recuerdo cariñoso y agradecido de la hermosa y vieja ciudad y toda la comarca de Munster.

Había escrito a casa diciendo que había encontrado acogida entre las monjas de Colonia y que en octubre me trasladaría definitivamente allí. Me felicitaron como por un nuevo trabajo.

El mes en las habitaciones de la portería del convento fue un tiempo felicísimo. Seguía el horario, trabajaba en las horas libres y tenía que ir con frecuencia al locutorio. Todas las cuestiones que surgían se las hacía presentes a la Madre Josefa. Su decisión era siempre tal como hubiera sido la mía. Esta íntima conformidad me alegraba muchísimo. A menudo estaba mi catecúmena conmigo.

Quería ser bautizada antes de mi partida, a fin de que pudiera ser su madrina. El 1 de agosto la bautizó el Prelado Lenné en la sala capitular de la catedral, y a la mañana siguiente recibió la Primera Comunión en la capilla del convento. Su esposo estuvo presente en las dos ceremonias, pero no pudo decidirse a seguirla. El 10 de agosto me encontré con el P. Abad en Tréveris, y recibí su bendición para el duro camino hacía Breslavia. Vi la santa túnica y pedí fuerza. Largo rato permanecí arrodillada delante de la imagen de San Matías. Por la noche recibí cariñoso hospedaje en el Carmelo de Cordel donde nuestra amada Madre Teresa Renata fue maestra de novicias durante nueve años hasta que fue nombrada subpriora de Colonia. El 14 de agosto partí junto con mi ahijada a Maria Laach para la fiesta de la Asunción. Desde allí proseguí mi viaje hasta Breslavia.

En la estación me esperaba mi hermana Rosa. Como hacía mucho tiempo que pertenecía en su interior a la Iglesia y estaba perfectamente unida conmigo, le dije inmediatamente lo que pretendía. No mostró ninguna admiración, pero pude advertir que nunca le había pasado por la imaginación. Los demás no preguntaron nada hasta después de dos o tres semanas. Sólo mi sobrinoWolfgang (entonces de 21 años) se enteró tan pronto como llegó a hacerme una visita de lo que iba a hacer en Colonia. Le di una respuesta verdadera y le supliqué que guardara silencio por entonces.

Mi mamá sufría mucho a causa de las circunstancias del tiempo Le alteraba el que "hubiera hombres tan malos". A esto se sumó una pérdida

personal que le afectó mucho. Mi hermana Erna tuvo que tomar a su cargo la praxis de nuestra amiga Lilli Berg, que entonces marchó con su familia a Palestina. Los Biberstein ocuparon la casa de Berg al sur de la ciudad, abandonando la nuestra. Erna y sus dos niños eran el consuelo y la alegría de mamá. Tener que apartarse de su trato diario fue para ella muy amargo. A pesar de todas las preocupaciones que la oprimían, revivió cuando yo llegué. Apareció de nuevo su alegría y su humor. Al regresar de su negocio, se sentaba muy satisfecha con su labor de punto al lado de mi escritorio contándome todos sus problemas caseros. Hice que me refiriera también sus primeros recuerdos como materia para una historia de nuestra familia que entonces comencé. Aquellos ratos magníficos la encantaban visiblemente. Pero yo pensaba para mí: ¡Si supieras ...!

Para mí era sumamente consolador que estuvieran entonces en Breslavia la Hna. Marianne con su prima la Hna. Elisabeth (Condesa Stolberg), preparando la fundación del convento. Habían partido desde Colonia ya antes que yo. La Hna. Marianne había visitado a mi madre y le había llevado mis saludos. Vino dos veces durante mi ausencia, portándose maravillosamente con mi madre. La visité en las Ursulinas de Ritterplatz, donde se hospedaba, pudiéndole contar libremente cómo estaba mi corazón. Yo recibí a mi vez cuenta detallada de las alegrías y habían partido desde Colonia ya sufrimientos padecidos en la nueva fundación. También inspeccioné con ellas el solar de Pawelwitz (ahora Wendelborn).

Ayudé mucho a Erna en el traslado. En una de las idas en el tranvía a la nueva casa le expuse finalmente la cuestión de mis propósitos en Colonia. Al oírlo, se quedó pálida y derramó copiosas lágrimas. "Es algo horrible estar en el mundo", replicó ella, "lo que a unos hace feliz es para otros lo peor que les pudiera pasar". No hizo ningún esfuerzo por disuadirme. Unos días más tarde me dijo por encargo de su esposo que si en algo influía en mi resolución la preocupación por mi existencia, podía estar segura de poder vivir con ellos mientras algo tuvieran (lo mismo me había dicho mi cuñado en Hamburgo). Erna añadió que ella era sólo trasmisora de aquello. Sabía bien que tales motivos no suponían nada para mí.

El primer domingo de septiembre estaba sola con mi madre en casa. Ella estaba sentada haciendo punto junto a la ventana. Yo muy cerca de ella.

Por fin me soltó la pregunta por largo tiempo esperada: "¿Qué es lo que vas a hacer con las monjas de Colonia?" "Vivir con ellas". Siguió una lucha desesperada. Mi madre no cesó de trabajar. Su ovillo se enredó, tratando con sus manos temblorosas de ponerlo nuevamente en orden, a lo que le ayudé yo, mientras continuaba el diálogo entre las dos.

Desde aquel momento se perdió la paz. Un peso oprimió toda la casa. De vez en cuando mi madre me dirigía un nuevo ataque al que seguía una nueva desesperación en silencio. Mi sobrina Erika, la judía más piadosa y estricta, sintió como un deber suyo avisarme. Mis hermanas no lo hicieron, porque sabían que no tenía remedio alguno. Se empeoró el asunto cuando llegó de Hamburgo mi hermana Elsa para el cumpleaños de mi madre. Al hablar conmigo, mi madre se dominaba, pero al hablar con Elsa se desquitaba. Mi hermana me contaba después aquellas explosiones, pensando que no conocía cómo estaba el estado de ánimo de la madre. Pesaba también sobre la familia una gran preocupación económica. El negocio hacía tiempo que iba mal. Ahora quedaba vacía la mitad de la casa, donde habían vivido los Biberstein. Todos los días venían personas para ver las condiciones, pero no resultaba nada. Uno de los solicitantes más interesados era una comunidad de la Iglesia protestante. Vinieron dos pastores de ella y a ruegos de mi madre fui con ellos a ver el solar vacío, pues ella estaba muy cansada. Llevamos las cosas tan adelante que incluso se hablaron las condiciones. Lo comuniqué a mi madre que me pidió que escribiese inmediatamente al Pastor principal solicitándole por escrito una respuesta afirmativa. Esta fue dada. Pero poco antes de mi partida, el asunto amenazaba fracasar. Quise quitar al menos esta preocupación a mi madre y me presenté en casa del referido señor. Parecía que no había ya nada que hacer. Cuando me fui a despedir, me dijo: "Por lo visto queda usted muy triste y eso me apena". Le conté cómo mi madre estaba entonces tan acongojada con sus muchas preocupaciones. Me preguntó qué clase de preocupaciones eran aquéllas. Le hablé brevemente de mi conversión y de mis deseos por el convento. Esto le impresionó profundamente. "Debe usted saber antes de irse que aquí ha conquistado un corazón". Llamó a su señora y tras una rápida discusión decidieron convocar nuevamente la junta directiva de la Iglesia y proponer otra vez la oferta. Aún antes de marcharme vino el Pastor principal con su colega a

nuestra casa para cerrar el trato. Al despedirse me dijo en voz baja: “¡Dios la guarde!”.

La Hna. Marianne tuvo todavía a solas una entrevista con mi madre. No se podía alcanzar mucho más. La Hna. Marianne no podía dejarse coaccionar (como mi madre esperaba). No quedaba otro consuelo. Ambas hermanas no se hubieran atrevido a fortalecer con palabras de aliento mi decisión. Era tan difícil que nadie podía asegurarme: este o aquel camino es el recto. Para ambos se podían aducir buenas razones. Debía dar el paso sumergida completamente en la oscuridad de la fe. Muchas veces durante aquellas semanas pensaba: ¿Quién se quebrantará antes de las dos, mi madre o yo? Pero ambas perseveramos hasta el fin.

Poco antes de partir fui también a que me miraran los dientes. Estaba sentada en la sala de espera de la doctora, cuando de repente se abrió la puerta y entró mi sobrina Susel. Se puso radiante de alegría. Habíamos llamado al mismo tiempo sin saberlo. Pasamos juntas a la consulta y me acompañó después a casa. Susel tenia entonces doce años, siendo muy madura y reflexiva para su edad. Yo no había hablado nunca a los niños de mi conversión a la fe. Pero Erna se lo había contado. Yo se lo agradezco. Le pedí a la niña que cuando yo me fuese procurara hacer muchas visitas a la abuelita. Ella me lo prometió. "Pero, ¿por qué haces tú ahora esto?" me preguntó. Pude enterarme de las conversaciones que ella había oído a sus papás. Yo le expliqué mis motivos como a una persona mayor. Escuchó muy atentamente y me comprendió.

Dos días antes de partir vino a visitarme su padre (Hans Biberstein). Era grande el apremio que le movía a exponerme sus reparos aunque no se prometiera ningún resultado. Lo que yo quería realizar acentuaba agudamente la línea de división con el pueblo judío, que por entonces estaba tan oprimido. El no podía comprender que la misma cosa fuera de otra manera muy distinta desde mi punto de vista.

El último día que yo pasé en casa fue el 12 de octubre, día de mi cumpleaños. Era, a la vez, una festividad judía, el cierre de la fiesta de los tabernáculos. Mi madre asistió a la celebración en la sinagoga del seminario de rabinos. Yo la acompañé, pues al menos aquel día se imponía

que lo pasáramos juntas. El rabino preferido por Erika, un gran sabio, tuvo una bella exhortación. Durante el viaje de ida en el tranvía no hablamos mucho. Para darle un pequeño consuelo le dije: "La primera temporada es sólo de prueba". Pero esto no ayudó en nada. "Cuando te propones tú una prueba, bien sé yo que la superas". Después se le antojó a mi madre volver a pie. ¡Algo más de tres cuartos de hora con sus 84 años! Pero tuve que dejarla, pues noté que quería hablar francamente conmigo.

“¿No era hermosa la homilía?”. "Sí".

"¿No es posible entonces ser un judío piadoso?". "Ciertamente, cuando no se conoce otra cosa".

En aquel momento se vuelve hacia mí profundamente alterada: “¿Entonces por qué la has conocido tú? No se puede decir nada contra él. Puede que sea un hombre bueno. Pero, ¿por qué se ha hecho Dios?”

Concluida la comida se marchó al negocio para que mi hermana Frieda no estuviera sola durante la comida de mi hermano. Pero me dijo que pensaba volver enseguida. Y así lo hizo (sólo por mí; en otro caso estaba durante todo el día en el negocio). Después de comer y por la tarde llegaron muchos huéspedes, todos los hermanos con los niños y mis amigas. Por una parte estaba bien en cuanto que quitaba un poco la tensión del ambiente. Pero por otro lado era peor a medida que uno tras otro se iban despidiendo Al final quedamos mi madre y yo solas en el cuarto. Mis hermanas tenían aún mucho que lavar y recoger. De pronto echó ambas manes a su rostro y comenzó a llorar. Me puse detrás de su silla y estreché fuertemente su cabeza plateada sobre mi pecho. Así permanecimos largo rato hasta que me dijo que se marchaba a la cama. La llevé hasta arriba y la ayudé a desnudarse, la primera vez en la vida. Me senté después en su cama hasta que me mandó a dormir. Ninguna de las dos pudimos conciliar el sueño aquella noche.

Mi tren partía algo temprano, alrededor de las ocho. Elsa y Rosa quisieron acompañarme al tren. Igualmente Erna hubiese deseado ir a la estación. Pero le rogué que viniera temprano a casa para quedarse con mi madre. Sabía que ésta podría tranquilizarse más con ella que con nadie. Como éramos las dos más pequeñas, habíamos conservado siempre la ternura

filial para con la madre. Las hermanas mayores le tenían un poco de miedo, aunque su amor no era ciertamente menor.

A las cinco y media salí como siempre de casa para oír la primera Misa en la iglesia de San Miguel. Luego nos reunimos todas para el desayuno. Erna vino hacia las siete. Mi madre trató de tomar algo pero en seguida retiró la taza y comenzó a llorar como la noche anterior.

Nuevamente me acerqué a ella y la abracé, estando así hasta el momento de partir. Hice una señal a Erna para que viniera a ocupar mi lugar. Dejé el sombrero y el abrigo en la habitación de al lado. Y luego la despedida. Mi madre me abrazó y besó con el mayor cariño. Erika agradeció mi ayuda (había trabajado algo con ella para sus exámenes de maestra en la escuela media; viniendo a mí con sus preguntas mientras yo estaba con mis maletas). Al final exclamó: "El Eterno te asista". Cuando estaba abrazando a Erna, mi madre sollozaba en alto. Salí rápidamente. Rosa y Elsa me siguieron. Al pasar el tranvía por delante de nuestra casa, no había nadie a la ventana para hacer, como otras veces, unas señales de adiós.

En la estación tuvimos que esperar algo hasta que llegó el tren. Elsa se agarró fuertemente a mí. Cuando había buscado un sitio y miré a mis dos hermanas, quedé sorprendida de la diferencia de ambas. Rosa estaba tan serena y tranquila como si se viniera conmigo a la paz del convento. El aspecto de Elsa se tornó súbitamente por el dolor como el de una anciana.

Finalmente el tren se puso en movimiento. Ambas continuaron agitando sus manos mientras se las podía ver. Después desaparecieron. Me pude acomodar en mi puesto en el compartimiento. Era realidad lo que hacía poco apenas me atrevía a soñar. Ninguna explosión de alegría al exterior. Era terrible lo que quedaba tras de mí. Pero estaba profundamente tranquila, en el puerto de la voluntad divina.

Hacia el anochecer llegué a Colonia. Mi ahijada me rogó que pasara nuevamente la noche con ella. Sería recibida en la clausura al día siguiente después de vísperas. Avisé por teléfono de mi llegada al convento y tuve

que acercarme a la reja para saludar. Después de comer estábamos nuevamente ambas allí para asistir, desde la capilla, a las primeras vísperas de nuestra Santa Madre.

Estando arrodillada delante del presbiterio, oí susurrar en el torno de la sacristía: “¿Está Edith fuera?”. Habían traído enormes crisantemos blancos. Los habían enviado como saludo las profesoras desde el Pfalz. Los tenía que ver antes de que adornaran el altar. Después de las vísperas tomamos aún juntas el café. Se acercó una señorita hermana de nuestra amada Madre Teresa Renata. Preguntó cuál de nosotras era la postulante pues quería animarla un poco. Pero no lo necesitaba. Ésta y mi ahijada me acompañaron hasta la puerta de la clausura. Finalmente se abrió. Y yo atravesé con profunda paz el umbral de la Casa del Señor.

Santa Teresa Benedicta de la Cruz
EDITH STEIN
(I)

"El camino de la fe nos da más que el camino del pensamiento filosófico: nos da a Dios, cercano como Persona, a Dios que ama y se compadece de nosotros, y os da esa seguridad que no es propia de ningún otro conocimiento natural. Pero el camino de la fe es oscuro"(Endliches und ewiges sein,58).

Edith Stein recurrió este camino oscuro, sin retroceder, segura como un niño que se abandona en las manos de su padre. Y por el camino oscuro de la fe llegó *"a la perfección más elevada del ser, la que al mismo tiempo es conocimiento, don del corazón y acción libre"*(ibid.,421).

Nacida en Breslau el 12 de octubre de 1891, día del Kippur, día festivo pare los hebreos, fue la última entre siete hermanos, estudió filosofía, primero en su ciudad natal, y luego se trasladó a Gottinga para seguir a Edmund Husserl, genio filosófico e iniciador de la fenomenología. En su escuela, Edith tampoco se interesaba ya por la religión. Del hebraismo practicado en su infancia apenas le quedaba la huella moral. A través de los estudios de

fenomenología empezaba gradualmente a descubrir las dimensiones del mundo religioso, del cristianismo, hasta llegar a hacerse católica. Decisiva para este paso fue la lectura de la autobiografía de Santa Teresa de Avila. En la noche misteriosa de junio de 1921, cuando era huésped en casa de una amiga filósofa, llegaba a una profunda intuición de Dios-Verdad. Todo entonces pare ella se convirtió en luz: recibiría el bautismo el 1 de enero de 1922, y entonces también iba a comprender que estaba llamada al Carmelo.

Sin embargo, transcurren doce años de espera, de aprendizaje, de viajes para dictar conferencias, de estudios y de maduración interior, antes de entrar en el Carmelo de Colonia. Y tal vez no hubiera logrado hacerse religiosa, si la situación política misma de Alemanía con sus crecientes medidas antisemíticas no le hubieran hecho imposible la continuación de su seguimiento del Instituto de Pedagogía Cientifica de Munster.

A pesar de la oposición de la familia, Edith se hace carmelita con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Muy pronto va a sentir el peso de esta "Cruz" sobre sus espaldas. Después de descubierto su origen no ario, ya no hay seguridad pare ella tras los muros del monasterio. En la noche de Año Nuevo de 1939 se refugía en el Carmelo de Echt, en Holanda. Parece un lugar tranquilo. Sin embargo algo le hace presentir que no escapará al destino de su pueblo. Efectivamente, mientras escribe su libro sobre la doctrina de san Juan de la Cruz, significativamente titulado *Scientía crucis*, dos of iciales de las fuerzas de ocupación llegan al monasterio. Tiene que salir y seguirlos, junto con su hermana Rosa, también ella convertida, que había venido a Echt.

Antes de la deportación a Auschwitz, Edith pudo todavía enviar un par de mensajes al Carmelo. Luego, con el convoy que las llevo a Auschwitz, las hermanas Stein entraron en la sombra de la muerte El holocausto de Edith se consumó el 3 de agosto de 1942 en las cámaras de gas. E1 Papa Juan Pablo, quien ya en 1987 II reconoció la santidad de esta hija de la Santa Madre Teresa y el martirio de esta hija del pueblo hebreo vuelta al seno de la Iglesia, procedió a su canonización en Roma el 11 de octubre de 1998.

Esta rápida mirada biográfica nos permite ver que en la vida de Edith Stein hay tres etapas distintas, la primera de las cuales

abarca la infancia, la adolescencia, el estudio y el trabajo filosófico como asistente de Husserl. Treinta años importantes también por el desarrollo humano y religioso que culmina con la conversión. La segunda etapa comprende doce años de intensa vida cristiana, de maduración interior e intelectual, de preparación paciente y escondida en el Carmelo, en absoluta fidelidad a la gracia de la vocación. Con su entrada en el Carmelo de Colonia iniciaba la tercera etapa que a través del sufrimiento, la conformación con Cristo hasta llegar a las cumbres de una mística de la cruz, culmina con la ofrenda suprema, en la "casa blanca" del campo de exterminio, de su vida por la Iglesia, por la salvación del pueblo hebreo. Estas tres etapas están marcadas en ella por un gran deseo de totalidad, por una profunda exigencia de absoluto, por una búsqueda constante y apasionada de la verdad -de Dios-, motivo por el cual cada paso suyo hacia adelante en sus investigaciónes y en su acercamiento a la fe ha incluido casi por necesidad también una orientación hacia las opciones más radicales del cristianismo: la vida monástica, para vivirla a la luz de las aspiraciones más atrevidas.

La búsqueda de la verdad

A pesar de la educación religiosa de su infancia, Edith pierde bien pronto su fe hebrea bajo el influjo de la enseñanza racional de la escuela. Es un hecho que se nota también en otros jóvenes hebreos, como en Simon Weil y en Franz Rosenberg, y no ha de atribuirse solamente a dificultades encontradas en el seno de la familia. La religión hebrea se le presentaba tan solo en forma de idealismo ético, hasta el extremo de creerse con derecho a demostrar sus defectos y debilidades. Semejante posición critica lleva a Edith a la neutralización del pensamiento de Dios y al rechazo de toda práctica religiosa. A1 mismo tiempo se concentra en la búsqueda de principios y valores intelectuales, considerados por ella más elevados que los de la fe hebraica. Esta búsqueda, que llevó adelante sola, creaba dentro de ella un estado de tensiones crecientes, de fatigas angustiosas para llegar a soluciones en torno a los cuestionamientos e interrogantes existenciales que rodean todos los años de su estudio hasta el momento de la conversión.

En este difícil camino encuentra a Edmund Husserl. Al leer sus "*Logische Untersunchungen*" (Investigaciones lógicas), entrevé en

la ciencia fenomenológica el sistema filosófico más válido y conveniente que le iba a sostener en su búsqueda de la verdad, abriéndole nuevos horizontes de conocimiento a los que jamás se cerró. La veremos en Gottingen formándose en la escuela del gran filósofo alemán. Pronto se convertirá en su alumna más dotada, y luego de haber terminado brillantemente los estudios con el doctorado *summa cum laude* él la tomará como su asistente y colaboradora.

La adquisición del método fenomenológico incidió positivamente en sus investigaciones acerca de la esencia de las cosas, liberándola de preconceptos de estrechez y llevándola a una actitud de libertad de prejuicios ("voraussetzungslosigkeit"), sin la cual no hubiera podido abrirse al pensamiento de Dios con esa indispensable objetividad de juicio que le es tan característica. Con todo, no fue la actividad mental de la joven la que la llevó, a descubrir el mundo de la fe ese "mundo perfectamente nuevo" que le había quedado 'totalmente desconocido", como ella escribe. Y no fue el ambiente, ni tampoco los amigos y compañeros del círculo husserliano: Max Scheler y Adolf Reinach, convertidos hacía poco tiempo. Dice ella de Scheler:

"no me llevó, sin embargo, a la fe; tan sólo me abrió un nuevo campo de fenómenos frente a los cuales no podía permanecer insensible. No por nada se había repetido tanto (en la escuela de Husserl) que era preciso contemplar cualquier cosa sin preconceptos, arrojando fuera todas las lentes: así caerían las barreras de los prejuicios racionalistas en medio de las cuales había crecido sin saberlo, y el mundo de la fe se abría improvisamente ante mí". (Aus dem Leben einer judischen Familie, 57).

Pero el nuevo conocimiento suscita en Edith interrogantes acosadores. Era desea llegar a la claridad en la problemática religiosa, quiere entender cuál es la relación que puede haber (que debe haber) entre ella y Dios. Leerlo en clave de ideas le resulta absurdo a su naturaleza cada vez más inclinada a referirlo todo a la realidad concreta. ¿Imaginarlo como una relación idealista o romántica? Esto había que descartarlo a priori en ella, sedienta siempre de llegar a la posesión de la esencía más profunda de las cosas, fuera de la cual nada tenía valor para ella. Pero entonces, no sería más fácil proseguir en la línea de la

ausencia de Dios? Edith no era la persona que buscara los caminos más fáciles. Su programa vital incluía siempre la opción de los caminos más arduos.

En medio de luchas, crisis nerviosas, contradicciones, rupturas, y hasta momentos dramáticos y señalados por padecimientos interiores, Edith empezaba a evaluar tres aspectos posibles para vivir su fe: el hebraismo, el protestantismo y el catolicismo, confrontándolos rigurosamente, sometiéndolos a selección, buscando cómo desligarlos de los impulsos externos del círculo de los amigos.

El hebraismo

Una conocida de Edith, la señora Filomena Steiger de Friburgo, recuerda haberla visto llevando en sus manos el Antiguo Testamento, en el cual, sobre todo en los libros de los Profetas, buscaba la respuesta a una fuerte inquietud interior. También su amiga la filósofa hebrea Gertrud Koebner, recuerda los serios esfuerzos de Edith para acercarse a la religión de sus padres. Pero sopesándolo todo, Edith se convence de que el hebraismo no es la dimensión conveniente a su espíritu. Sin embargo, no lo rechazaría nunca, como fácilmente solía acaecer con otros hebreos convertidos al cristianismo. Seguiría respetándolo siempre.

El protestantismo

Edith entró en contacto con el protestantismo no solamente por la amistad con Adolf Reinach y con Edvige Conrad Martius, en cuya casa se reunían los colegas del círculo huserliano, sino también cuando vivió en Gottingen, pequeña ciudad con numerosas iglesias evangelicas y con gente que no ocultaba su credo luterano. Además, la predilección de Edith por la música religiosa de Bach hubo de crear en ella alguna idea acerca del sentimiento y del misticismo protestante. Pero mucho más importante es su encuentro con la actitud cristiana frente al dolor, a las atrocidades de la guerra del 1914-1918, y la constatación de la fuerza de la esperanza cristiana nacida de la cruz de Cristo.

En 1917 se encontraba en Friburgo, como asistente de Husserl. Un

día cualquiera le llegó la noticia de la muerte de Adolf Reinach, caído en el campo de batalla. Su esposa y otros amigos le pidieron a Edith que viniera a poner en orden lo que había dejado -sus diversos escritos filosóficos- el finado. Edith vacila. Teme que no será capaz de decir cosa que pueda consolar a la viuda, creyéndola desesperada por la pérdida de su compañero. Se encuentra con la joven viuda Reinach. Al verla, queda impresionada de su comportamiento resignado, casi sereno, en el que inmediatamente intuye la fuerza de la fe cristiana. De repente se le abre la puerta de un reino hasta ahora desconocido: el reino de la esperanza cristiana. Cuando refiriò esta experiencia al jesuita P Hirschmann muchos años después, confesaba:

"*Fue mi primer encuentro con la cruz y con la fuerza divina que ella comunica a quien la lleva. Por primera vez vi delante de mí a la Iglesia, nacida del dolor del Redentor, en su victoría sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que se hizo pedazos mi incredulidad y brilló la luz de Cristo, Cristo en el misterio de la Cruz".*

Son palabras dichas años más tarde, cuando Edith sintió todo el peso de la cruz sobre su pueblo perseguido. En 1917 Edith había tenido ante todo la experiencía de que todos sus argumentos racionales, ateos, son nada en comparación con la fe cristiana. Al situarse a sí misma frente a esta mujer profundamente cristiana, comprendió que el cristianismo le podía ofrecer valores-guías esenciales en la búsqueda de la verdad. Intuyó cuánta es la importancia que asume en la vida la fe en Dios para liberar al hombre de las angustias existenciales, pare experimentar aquella "paz trascendental", que en la fenomenología husserliana deriva de manera exclusiva de la acción de Dios en el alma. La viuda Reinach le había enseñado con su actitud serena y confiada que esta "paz trascendental" se identifica en la fe cristiana con la fuerza de la cruz de Cristo aceptada en la esperanza de resucitar a la vida inmortal. Sólo el contacto con Cristo muerto en la cruz permite al hombre encontrar la paz interior y sublimar el sufrimiento.

Sin embargo, Edith no llega a una decisión. Se ha iniciado un largo período de luchas, de crisis que comprometen al máximo su inteligencía y Su voluntad, hay momentos dramáticos de conflicto con el pasado y con sí misma, hasta el punto de sentir que se

hunde en un ''silencio de muerte" . A veces trata de rehuir a la acción del Espíritu Santo. "*Puedo adherir a la fe, buscarla con todas mis fuerzas, sin que sea necesario que yo la practique*" (Psychische Kausalitat, 43) . Por lo demás, está convencida: "*Cuando un creyente recibe una orden de Dios -bien sea inmediatamente en la oración, o bien a través del representante de Dios-, debe obedecer"* (*Untersuchung uber den Staat*, 401).

El catolicismo.

Durante unos tres o cuatro años Edith encuentra todas sus fuerzas intelectuales en una profunda reflexión. Lee numerosos libros de espiritualidad cristiana, libros de santos y de autores católicos. Tratando de encontrar un camino liberador en su interior o también por interés pedagógico y cultural. Así se compra un día el libro de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. Empieza a sumergirse en los "ejercicios" por puro interés psicológico. Pero al cabo de algunas pocas páginas se da cuenta de la imposibilidad de una lectura de esta suerte. Acaba por "hacer" los Ejercicios, ella, todavía atea, pero sedienta de Dios, como refiere el padre Erich Przywara que la había atendido en los últimos años de 1922-1930. Pero tampoco Ignacio logra darle la última seguridad, por más que no pueda excluirse su influjo positivo en el sentido de que la condujo hacia una dirección interior y espiritual capaz de orientar todo el ser de manera consciente, vital, como arrojándole una primera luz para su decisión. Esta, efectivamente, la tomó Edith luego de la lectura de la autobiografía de Santa Teresa de Avila.

En junio de 1921 se dirigió a Bergzabern, a la casa de la amiga Edvige Conrad-Martius, donde se reunía a menudo el grupo de ex-alumnos husserlianos. No iban a Friburgo, donde Husserl enseñaba en la universidad, porque sentían a su vez que lo seguían en su viraje hacia el "idealismo trascendental" En la biblioteca de la amiga Edith descubrió el *Libro de la Vida* de la gran mística española. La lectura de las páginas autobiográficas la afectaron profundamente.

Cerró el libro y exclamó: *"Aquí esta la verdad"*, esa "verdad" que ella tan apasionadamente iba buscando por años.

Se dice que en una sola noche Edith había leído y asimilado todo

el texto teresiano. Mas siempre resulta poco probable, aun para una inteligencia elevada como la de Edith, que en el espacio de pocas horas logre penetrar con una fuerza tan intuitiva en el mundo espiritual y en todo el itinerario ascensional de la Santa, como para poder reaccionar inmediatamente y decidir su conversión al catolicismo. Quizás es más verosímil que en esa noche culminó una precedente lectura del *Libro de la Vida* con particular sensibilidad con respecto a los capítulos teresianos referentes a la experiencia de Dios .

Con la afirmación "*Dios es verdad*" como punto terminal de largos sufrimientos en el camino de la búsqueda de Dios, Santa Teresa de Avila enriqueció efectivamente a la Stein con la dimensión esencial de la existencia humana, tan intensamente buscada: todo viene a concentrarse en el "andar un alma en verdad delante de la misma Verdad.(V. 40,3). En aquella noche Edith finalmente pudo decir con la Reformadora del Carmelo: "*Esta verdad que digo se me dio a entender es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad*". (V.40,4). Su conversión al catolicismo es la plena y consciente aceptación de la única Verdad, experimentada místicamente por Santa Teresa y buscada por ella en una large lucha dentro de su inconsciente.

Inmediatamente la Santa española empezó a ser para Edith el modelo de su nueva vida de fe, y quiso seguirla, con la intención de hacerse carmelita. En su auténtica necesidad de encaminarse siempre por los caminos más radicales, la opción por el Carmelo parece la única respuesta que podía satisfacer su deseo de totalidad. Tenía treinta anos, llena de energía, de entusiasmo, quería constituir a la fe como parte integral de su vida. Así, su camino de fe coincidía prácticamente con su camino vocacional.

(II)

Al Carmelo de Colonia

En 1933, con la toma del poder por parte del nacionalsocialismo en Alemania, entraron en vigor las medidas antihebreas, pro-arianas. Tampoco Edith iba a poder continuar su magisterio en el Instituto Pedagógico de Münster. Tuvo conocimiento de la persecución a los hebreos, de las victimas del fanático racismo, a

través de las noticias comunicadas por un noticiero americano. Sufría terriblememente. Pero rechazaba cualquier posibilidad de emigrar a Sudámerica, donde le fue of recida una cátedra. Intuyó misteriosamente que su destino era el de todo su pueblo.

La última clase de la doctora Stein tuvo lugar en el Marianum el 25 de febrero de 1933. Un mes más tarde partía para Beuron, para transcurrir allí la Semana Santa y hablar de su renovada opción por el Carmelo con el archiabad Waltzer. En Münster, en la iglesía de San Ludgeri suplicó ante un gran Crucifijo una última claridad "No me iré, se decía a si misma, sin obtener antes una respuesta clara sobre mi entrada al Carmelo". Ella misma es quien lo refiere en su relación acerca de su itinerario al Carmelo, escrita el 18 de diciembre de 1938 y entregada a su Priora pocos días después como regalo de Navidad. " A1 recibir la bendición final, ya había conseguido yo el consentimiento del Buen Pastor", celebrado litúrgicamente en ese domingo 30 de abril.

Ahora también obtenía el permiso de su director espiritual, el padre Rafael Waltzer. Este comprendió la imposibilidad para Edith de pensar en una carrera pública, universitaria. En la carta de recomendación, dirigida al Carmelo de Colonia, el padre manifiesta, no obstante, alguna reserva: la anciana madre de la postulante y sus preciosas actividades en pro de la vida cató1ica de Alemania. Pero no podía dejar de hacer resaltar "*su madurez religiosa y su profundidad, que son de tal suerte que hay que añadir una palabra...Desde hace mucho tiempo el Carmelo es su ideal*".

A pesar de sus 42 años, de su procedencia hebrea y de su conversión a los 32 años de edad, la doctora Stein es aceptada por la Comunidad. Antes de entrar, pasa un mes en la hospedería del Carmelo de Colonía y participa desde la capilla externa en el rezo de las horas litúrgicas. Sacaba tiempo para hablar, en el locutorio, con la Priora o con la Maestra de Novicias. La impresión que dejó correspondía sin duda a la carta de recomendación de su párroco y confesor en Münster, el decano de la catedral, doctor Adolfo Donders.

"La señorita doctora Edith Stein...es un alma privilegiada, rica en amor de Dios y del prójimo, llena de espíritu de la Sagrada Escritura y de la Liturgia...Será para todas un modelo de

profundísima piedad y de fervor en la oración, de alegría para la comunidad, llena de bondad y amor al prójimo... Ha hecho mucho bien con su pluma y su palabra, especialmente en la Asociación de estudiantes cató1icos y en la Unión de Mujeres Cató1icas. Sin embargo, desea renunciar a la actividad externa para encontrar en el Carmelo, siguiendo el ejemplo de santa Teresa, la ,'perla preciosa', Jesucristo".

También las monjas, al ver a Edith sumergida en la oración, pudieron constatara el grado de vida interior alcanzado por la postulante. Edith misma recuerda el significado para su vida interior de su formación en la oración litúrgica recibida en Beuron, pero también afirma que no acarició el pensamiento de hacerse benedictina. "*Siempre he tenido la impresión de que el Señor me reservaba algo que solamente podía conseguir en el Carmelo*". Así escribiría en 1938, añadiendo: "*Esto ha causado impresión*".

Para atravesar el umbral del Carmelo estaba previsto el día 14 de octubre. Ya desde antes Edith había escrito a su casa avisando que había sido recibida en las hermanas de Colonia. Los familiares, pensando que había simplemente conseguido un nuevo empleo, le enviaron felicitaciones. A mediados de agosto se dirigió a Breslavia, para dar su último adiós a la madre, a los hermanos, de los que solamente volvería a ver a Rosa, y eso durante una hora, cuando se encontraron en Colonia, camino de América**.** En la relación de Edith a la Madre Teresa Renata, está escrito con detalles el último encuentro con la madre. Quizás sea la página más conmovedora de toda la aventura terrena de Edith Stein, la que manifiesta en ella más sentimiento y emotividad . " Lo que he pasado, ha sido terrible", confiesa. A1 encontrarse sola en el tren hacia Colonia, "ninguna alegría fuerte" era capaz de llenar su corazón. "Demasiado terrible lo que había dejado! Pero me encontraba en una calma profunda -en el puerto de la voluntad divina" Así escribe

La postulante.

Después de las primeras Vísperas de la solemnidad de Santa Teresa de Jesús, se abría la puerta de la clausura. Edith "atravesaba en profunda paz este umbral para entrar en la casa

del Señor". Un gran ramillete de crisantemos, llevado por algunas profesoras que habían venido a despedirla, acompañó casi simbólicamente su entrada. Fue acogida con cordialidad y con verdadero afecto fraterno, como todas las postulantes, sin distinción. Para las religiosas, que quizás nunca habían oído su nombre, tan conocido en círculos intelectuales cató1icos, Edith era simplemente una postulante, destinada desde ahora a la fundación de Breslavia. La consideraban igual a las otras tres hermanas del noviciado que serían sus compañeras. Tenía que vestir un modesto traje negro con un velito, y cubrirse su abundante cabellera con una cofia de tela negra. Se le asigna su celda, sencilla y desprovista de adornos, como lo prescribe la Regla, con una gran cruz en la pared, un jergón, algunas mantas, una mesita, una silla, y, en el suelo, la palangana y la jarra pare asearse. Sus libros, expedidos en 6 cajas y bien clasificados en filosofía, teología, psicología, fueron a parar a la biblioteca. Para usarlos, tendría que pedir licencia a su Madre Maestra.

Pero Edith no pensaba por el momento en continuar sus trabajos intelectuales. Tenía que aprender el horario de la casa, las ceremonias, las costumbres, y sobre todo las labores femeninas de las que entendía bien poco. Ir a la cocina suponía a menudo esfuerzos considerables, ya que nunca había tenido que prepararse sus alimentos. Alguna religiosa mayor estaba interesada en saber si la nueva postulante sabía cocinar bien. Pues bien, alguna cosa sí la sabia. Pero estaba muy lejos de la perfección en el cocido a la que habían llegado otras hermanas. Y había poca esperanza de que llegara! No faltaron las humillaciones, asumidas por Edith con serenidad, sin desanimarse, convencida de que eran pare ella una "buena escuela de humildad", como diría en una carta, necesarias "al cabo de tantos honores recibidos en la vida".

Externamente, Edith se manifestaba a todas siempre serena, equilibrada, humilde, caritativa, capaz de adaptarse a cualquier situación, comprensiva con las alegrías y los dolores de sus compañeras veinte años más jovenes que ella (dos profesas simples y una postulante de velo blanco). En la recreación, era vivaz, sabía contar muchas cosas y hacer atractivo e interesante cualquier acontecimiento, dispuesta siempre a encontrar las palabras espirituales que caen bien a todas, que enriquecen , que den gusto. Con particular alegría, casi infantil, festejó su

primera Navidad en el Carmelo. Acerca de la Navidad había dicho en una conferencia pronunciada en 1930 en Ludwgshafen:

"*Pongamos nuestras manos en las del Divino Niño, digamos nuestro sí a su sígueme, y seremos suyos. Quedará libre nuestro camino para que se encarne en nosotros su vida divina... Esta es precisamente la luz, venida a iluminar las tinieblas, el milagro de la Noche Santa, que se enciende en el alma*".

También había dicho que "sobre la misma luz, tan resplandeciente en el pesebre, desciende la sombra de la cruz. . . El camino conduce irresistiblemente de Belén al Gólgota, del pesebre a la cruz". Ciertamente, en su primera Navidad en el Carmelo Edith experimentaba profunda paz, por la que rendía gracias al Senor considerándola como una "gracia totalmente inmerecida". Pero en su corazón tenía el pensamiento de la madre que no había podido aceptar la opción de la hija. Todas las semanas, puntualmente los viernes, tenía lista una cartica para la señora Stein. Así lo había hecho siempre. Pero ahora no le llegaba la respuesta. Tal vez, en las largas noches de invierno en el silencio de la celda, revuelve los pensamientos torturadores del último día, ese 12 de octubre, fecha de su cumpleanos pasado con su madre. Después de haberla acompañado a la función de la sinagoga en la escuela de rabinos, de regreso en el tranvía le había dicho que el primer período de la vida religiosa era solamente una prueba. Pero la madre había replicado: "Si tú haces una prueba, seguramente seguramente la vas a superar". Y después, en la noche, el largo llanto de la anciana señora. La había abrazado, estrechando su blanca cabeza contra su seno, y permaneciendo así por largo rato, hasta muy tarde. Luego, al ayudarla a desvestirse, se había sentado en su lecho, para estar más cerca de ella, hasta que le mandó a dormir. Recuerdos indelebles en el alma de Edith, y quizás no desprovistos del todo de algún conflicto interior en el campo de la conciencia, particularmente a causa de la incipiente persecución a los hebreos, que ya se sentía en la familia. Ella podía vivir todavía en paz. Pero su madre? Hasta cuándo?...

La Novicia

E1 15 de febrero de 1934 se hizo la votación pare admitir a Edith

en el noviciado. Pocos días antes había venido también el médico. La salud era excelente. Alguna objeción? El hecho de que Edith no tuviera dote, no creaba problemas. Por lo demás, Edith iría a la fundación de Breslavia. Se veria.

La vestición fue fijada pare el 15 de abril, fiesta del Buen Pastor, precisamente un año después de la claridad recibida ante el Crucifijo de San Ludgeri en Münster. A la ceremonia acudieron algunas personalidades de alta cultura y de las organizaciones católicas más cercanas a ella. Un público selecto en la capilla del Carmelo de Colonia, cual nunca se había visto. Edith llevaba su vestido blanco de esposa. La seda se la había regalado su hermana Rosa. No vino ninguno de su familia, la que participó solamente por carta en su vestición. Pero estaba presente el archiabad Rafael Walzer pare presidir la Eucaristía. Husserl le envió un telegrama. Entre los invitados estaban su amiga Edwige Conrad Martius, Peter Wust, quien escribiría un artículo para la *Kölner Voldszeitung* acerca del itinerario de Edith hacia la verdad, la que comprende la filosofía de la *ratio* y de la *mystica*, un itinerario simbólicamente expresado en el nuevo nombre "sor *Benedicta*, la que ha sido "bendecida" por la verdad, con toda la plenitud de la Verdad".

Edith escogió este nombre porque se sentía "bendecida" por Cristo que es vencedor en la cruz, "bendecida" después de un largo camino y de una lucha nocturna, parecida a la que libró Jacob con Dios a orillas del rio Jabboth; "bendecida" por haber sido elegida por Dios para vivir la "esponsalidad eclesial" en el signo de la cruz, en el sacrificio, en la expiación.

Poco se sabe del año de noviciado. En la primera biografía de Edith, escrita por su Maestra, más tarde Priora, M. Teresa Renata, y publicada en 1948, cuando no se pensaba en lo más minimo en una futura santificación, quedó bien puesta a la luz su absoluta fidelidad y su puntualidad en el horario, en los actos comunes, cosa no muy fácil en quien se dedica a trabajos intelectuales. Efectivamente, el provincial había dado orden de dispensar a Edith de todas las demás labores para darle tiempo suficiente para continuar su obra "Poder de lo alto", que Edith no había logrado terminar antes de su entrada en el Carmelo; había traido consigo el manuscrito. Además hizo alguna traducción del latín, trabajaba para terminar el índice de su traducción de

las *Quaestiones disputatae de veritate* de santo Tomás, y escribió algunas páginas de la "Historia de su familia", iniciada ya desde su casa. Este trabajo no excluía en ella una intensa lectura de los Santos de la Orden. Fruto de ello fueron sin duda sus opúsculos *Teresa de Avila,* impreso en 1934, *Santa Teresa Margarita Redi* (con ocasión de su canonización), publicado en 1934 y un un artículo sobre la historia y espíritu del Carmelo, publicado con el fin de dar a conocer la Orden (en Ausburger Postzeitung, 1935).

Todos estos trabajos y otros escritos espirituales y pedagógicos crearon indudablemente una situación particular a la novicía sor Teresa Benedicta. Había que preguntarse si la Maestra, M. Teresa Renata, que tenía aproximadamente la misma edad que ella (le llevaba apenas 6 meses a Edith), y que la estimaba por sus dotes intelectuales y la posición que había tenido en el mundo de la ciencia, habría aplicado indiscriminadamente a Edith los métodos y los principios de educación y de formación usados en ese tiempo, como se lee en su primera biografía. Por otra parte, Edith, que vivio independiente durante tantos años, y sobre todo, acostumbrada naturalmente a hacerlo todo ella sola, a organizar todo según sus propios criterios, a administrar su propía sensibilidad, tuvo no poca dificultad para insertarse en el ambiente y para acoger las sugerencias y los estímulos que le podían venir de el. Esto explica que le hubiera respondido al Provincial, quien le había preguntado si había experimentado alguna desilusión, con una sola palabra: "E1 Carmelo", incluyendo aquí la realidad de la vida común con las obligaciones de obediencia, de dependencia, de de renuncia . El impacto del ambiente, recibido en varios aspectos, debió haber sido para Edith el problema más emergente de su vida carmelitana, y no solamente durante el año de noviciado. Algunos años más tarde escribiría en la biografía de Catalina Esser, la fundadora del "segundo" Carmelo de Colonia:

"A la edad de cuarenta y seis anos, no era pequeño sacrificio para ella (Catalina Esser) que había sido durante tanto tiempo la dueña de sí, hacerse nuevamente niña, obedecer y someter su propio juicio al de los superiores. Confesó ella más tarde que el asunto le había costado muchas amarguras"

Edith era consciente de esta dificultad. Sabía que tenía que hacer

esfuerzos considerables para superarse, para llegar a la liberación interior, esfuerzos que eran también advertidos por las hermanas, pero rodeados de un esfuerzo por disimularlos. La compañera de noviciado, sor Teresa Margarita, diría veinte años más adelante acerca de estos esfuerzos escondidos:

"Como vivía un continuo espiritu de fe, (Edith) tuvo una gran predilección por la virtud de la obediencia. Sin embargo, no era posible notar ningun detalle ni siquiera para los que podían observarla cada día en sus esfuerzos. Supo someterse y adaptarse tan perfectamente que nunca sobresalió" . (E.Stein. Eine Heilige?, 8-9*).*

Más aún, esta situación pudo servir a la novicía para madurar, para permanecer firme en la decisión tomada. Nada influyó en su serenidad. Los testigos de su tiempo repiten unánimes que vieron a Edith contenta y feliz. Ella misma lo subraya en sus cartas y en sus conversaciones del locutorio.

La Profesa

Sor Teresa Benedicta pronunció sus votos simples por tres años el 21 de abril de 1935, domingo de Pascua. Se había preparado con 10 días de ejercicios, recordando las Semanas Santas pasadas en el silencio de la gran abadía de Beuron. Una joven postulante le preguntó cómo se sentía. Edith le respondió: "como la esposa del Cordero", evidentemente una alusión al Apocalipsis, al Cordero que será matado, a su participación en los sufrimientos de Cristo. No se hace ilusiones sobre su destino. "También vendrán a llevarme de aquí", decía a una amiga que vino para saludarla en el locutorio pocos días despues de su profesión. "No puedo pensar que me dejarán en paz" Era consciente de que tenía otra misión "No es la actividad humana la que puede salvar sino solamente la pasión de Cristo. Esa es mi aspiración " .

Por entonces algo nuevo empezaba a suceder en sus relaciones con la anciana madre. Rosa le comunicó que la señora Augusta había ido un día. sin decir nada a nadie, a ver el nuevo Carmelo de Brelau. ¿No sería, acaso, una señal de amor materno que deseaba conocer el estilo de vida de la hija? En las cartas de Rosa aparecía también, a veces, un breve saludo. Luego llegó la carta

dirigida a "Schwester Teresia". Este consuelo no duró mucho tiempo. En 1936 le llegaba la noticía de la grave enfermedad de la señora Courant. Edith padeció mucho en silencio. El 14 de septiembre, durante la renovación de los votos, la madre pasaba a mejor vida, confortada por la fe de los profetas. Hay que dar gracias al Señor porque le ahorró el tormento de ver las sinagogas incendiadas y a los amigos deportados a los campos de exterminio! Poco después de la muerte de su madre, pudo volver a ver a su hermana Rosa, llegada a Colonia pare recibir el bautismo el 24 de diciembre en la capilla del monasterio. Desde el coro, con el corazón pleno de gratitud, tomó parte en la ceremonia.

La neoprofesa continuaba con los mismos trabajos intelectuales de antes. Ante la solicitud de algunos sacerdotes, escribió el artículo *La oración de la Iglesia* (publicado en 1936). Pero sobre todo reorganizó para la edición su estudio sobre Potencia y Acto que llevaría el titulo de *ser finito y ser eterno*. Luego vinieron la biografía de *Catalina Esser* y la breve meditación *Sancta discretio*(1938) que Edith presentó a la Madre Teresa Renata, priora desde 1936. Esta acababa de terminar su libro sobre los *Dones y frutos del Espíritu Santo*. La discreción. le dice Edith, "es parte esencial de todo don, hasta el punto que los siete dones constituyen diversas manifestaciones de ella. De esta afirmación, tomada como punto de enlace, aprovechó Edith para aconsejar a su Priora la " sabía prudencia" (weise Masshaltung) en el desempeño de su oficio, es decir, la discreción. "Quien debe guiar almas necesita mucho de ella (de la discreción) . . . y no debe obrar arbitrariamente"

Esta manera de hablar tan sincera quizás era la que se debía usar en un tiempo tan difícil para la Iglesia, y especialmente para la vida religiosa en Alemania. Edith la usa delicadamente, preocupada como siempre por ver la perfección en el pensamiento y en las acciones de los demás. Por lo demás, si se trata de la verdad, no se deja sugestionar por nada. Sus relaciones con la Madre Teresa Remata eran buenas, a pesar de la diferencia de cultura y de carácter de las dos mujeres. Para Edith, la Priora era como una mamá.

El 21 de abril de 1938, que en ese año fue Viernes Santo, sor Teresa Benedicta emitió sus votos perpetuos. Era en verdad la

Esposa del Cordero enclavada en la cruz de Cristo, estrechamente unida a sus sufrimientos. Pero "El con su muerte y su cruz nos conducirá a la gloria de la resurrección" (*Sciencia crucis*, 207). Y a la contemplación del divino Crucificado asoció a María Santísima. De pie, junto a la cruz, la veía como prototipo de todos los que se unen al Redentor: ella que nos ha precedido en el camino de la entrega total al Señor, y que es nuestra guía.

En 1938 las medidas antisemíticas del nacionalsocialismo asumen proporciones espantosas. Edith no disimulaba que estaba poniendo en peligro su comunidad con su sola presencia. ¿Qué hacer? ¿Refugiarse en Israel? También este pensamiento se le pone delante. Pero únicamente después de la noche del 9 de noviembre, cuando las manos asesinas incendiaron todas las sinagogas de Alemania, se le presentó como indispensable un traslado suyo al Exterior. En la noche de san Silvestre. un amigo fiel del Carmelo la llevó en su automóvil al otro lado de la frontera con Holanda, al Carmelo de Echt. Algunos días antes, sor Teresa Benedicta había escrito en una carta: "Tengo que decirle que...hoy conozco mucho mejor lo que significa estar desposada con Cristo en el signo de la cruz. Pero jamás podrá comprenderse a fondo, pues es un misterio".

judía, filósofa, carmelita, mártir

Emanuela Ghini o.c.d.
Artículo publicado en el ***Osservatore Romano*** el 13 de septiembre de 1998
Traducción de Eloy José Santos



Judía, filósofa, carmelita, mártir, **Edith Stein** (1891-1942), *"que concentra en su intensa vida una síntesis dramática de nuestro siglo"* (Juan Pablo II, 1 de mayo de 1985), y a quien la Iglesia incluye entre sus santos, inaugura vías de relación y de comunión entre ámbitos y niveles distintos, en puntos vitales de la experiencia humana, cristiana, eclesiástica, interreligiosa.



Edith Stein en 1913, a 22 años, cuando era estudiante en Gotinga

Judía

Judía, nacida en **Breslau** (Wroclaw) el día del ***Kippur***, destinada al encuentro con Cristo en el bautismo y en la Iglesia, pero no a olvidar la fe de sus padres y de **Israel**.

"En el origen de este pequeño pueblo... está la cuestión de la elección divina. Es un pueblo convocado y guiado por Yahvé, Creador del cielo y de la tierra. Su existencia no es un mero dato de la naturaleza ni de la cultura... es un hecho sobrenatural" (Juan Pablo II, 31 de octubre de 1997).

Edith Stein vive la fe en la alianza, y ve su culminación en una alianza nueva, reinterpreta desde esta perspectiva la historia de su pueblo, y comparte su destino, con una convicción lúcida y sin vacilación: *"Bajo la cruz he intuido el destino del pueblo de Dios, que desde ese momento empieza a preanunciarse. Creo que quien comprende que todo esto es la cruz de Cristo, debería llevarla sobre sí en nombre de los demás"* (escrito por Edith Stein el 9 de diciembre de 1938).

Edith asume la carga de la cruz del pueblo elegido, y comparte su suerte hasta el final. De este modo, invita a los cristianos a *"comprender que un mundo sin Israel sería un mundo sin el Dios de Israel"* (A. Heschel), que *"mientras el judaísmo siga marginado en nuestra historia de salvación, estaremos a merced de impulsos antisemitas"* (R. Etchegaray), y sobre todo que *"la religión hebrea no es extrínseca sino, en cierto sentido, intrínseca a nuestra religión"* (Juan Pablo II).

Edith Stein asume en su persona y deja como herencia a judíos y cristianos la reconciliación que la tragedia inhumana de la **Shoah** invoca de todos. Porque Auschwitz no sólo es un hecho histórico, sino también una cumbre extrema de la maldad humana, que exige de todos silencio y arrepentimiento.

Si *"la Iglesia alienta a sus hijos e hijas a purificar sus corazones, por medio del arrepentimiento por los errores y las infidelidades del pasado"* (E. Cassidy), Edith, muerta por su pueblo, *"puede resplandecer como santa cristiana, portadora de su origen judío"*(B. Di Porto, Il tempo e l'Idea, n. 9, mayo de 1997, p. 60), también para sus hermanos judíos.

Como reconoce uno de ellos: *"Yo, como judío, creo firmemente en el valor de nuestra cohesión de pueblo, pero no la limito con vallas y alambradas. Admito, en la libre dinámica del espíritu, la posibilidad de los intercambios y los deslumbramientos... Respeto la canonización de Edith, mártir cristiana, nacida hermana mía judía, muerta en las cámaras de gas en Auschwitz por quien inscribía indeleblemente su fraternidad de carne y sangre conmigo"* (B. Di Porto, *op.cit.*).

Filósofa


Edith Stein, en una foto de 1930

Filósofa, discípula y más tarde asistente de **Husserl** (1916-1922), condiscípula de los participantes en el círculo de **Gotinga** (Adolf Reinach, Hedwig Conrad-Martius, Roman Ingarden, Hans Lipps...), Edith Stein frecuenta también las clases de Max Scheler. Conocerá a **Heidegger**, sucesor de Husserl, y a Peter Wust, quien describirá su itinerario desde la filosofía al Carmelo, cuando Edith tome el hábito, el 15 de abril de 1934.

Escéptica ante el positivismo de la psicología experimental de Stern, Edith se siente atraída hacia la **fenomenología** por la concepción husserliana de la **conciencia** que emerge sobre el mundo y esparce sus significados, por la admiración de una realidad que suscita admiración, estimula el estudio, invita a "ir hacia las cosas" sin prejuicios, que "pone entre paréntesis" el ser, entendido en modo naturalista, y, por ende, toda forma de realismo que afirme la prioridad del ser sobre el pensamiento.

La fenomenología, que influenciará más tarde a buena parte del pensamiento moderno - de Scheler a Hartmann, de Sartre a Merleau-Ponty, Lévinas, Ricoeur... - fascina a Edith Stein, que ve en Husserl al "filósofo de nuestro tiempo", por la clarificación de la realidad que lleva a cabo, mediante un análisis de los procesos cognoscitivos en su apertura original, como reflexión sobre lo que aparece en el fluir de la conciencia, con la amplitud de un método de investigación no sólo gnoseológico y psicológico, sino también ético, que tiene aplicaciones incluso en la psiquiatría, especialmente en la logoterapia.

En **1917** la fe serena de la joven viuda de Adolf Reinach, caído durante la guerra, lleva a Edith "a su primer encuentro con la cruz... y [con] la luz de Cristo". En 1921, la lectura de la autobiografía de **Teresa de Ávila** la conduce de manera limpia y viva ante el Cristo-verdad.

Bautizada el **1 de enero de 1922**, Edith, guiada por el Padre jesuita Erich

Przywara, afronta el estudio de la *philosophia perennis* : primero **Tomás de Aquino** y después, en el Carmelo, Juan de la Cruz y Dionisio Areopagita.

Convertida al cristianismo al final de una búsqueda apasionada y ansiosa de la **verdad**, por voluntad de respuesta a las grandes preguntas sobre el hombre y su destino, que habían despertado en ella el deseo de no dejar inexplorado ningún problema existencial, atraída por el **misterio de la persona** y por la necesidad de un encuentro con la realidad que no esclavizase, sino que liberase al hombre, Edith Stein es la figura emblemática de una búsqueda que, por amplitud de horizontes y rigor del método crítico, interesa a los creyentes como a los no creyentes, e invita a un compromiso firme, encarnado en la vida, con las grandes interrogaciones que se ciernen sobre ella.



Edith Stein en 1931, dos años antes de entrar al Carmelo de Colonia

Carmelita

Admitida en el **Carmelo** (**14 de octubre de 1933**), *"alto monte al que hay que empezar a subir desde abajo"* (27-08-1939), por su sed de participación en el misterio pascual, Edith asimila su condición de desierto, lo que hace del Carmelo lugar idóneo para entender la cultura nihilista de buena parte de nuestro siglo. Si toda la vida cristiana es un **éxodo** hacia la tierra prometida, el Carmelo vive la dimensión del éxodo con el radicalismo que Edith ha experimentado, de distintas maneras, durante toda la vida.

Su conversión, que no le impide seguirse sintiendo hija de Israel, enamorada de su santa progenie, la separa sin embargo de la familia y de la madre muy amada, quien posee *"también una gran fe"* (verano de 1933). *"Mi madre se opone todavía con todas sus fuerzas a la decisión que voy a tomar. Es duro tener que asistir al dolor y al conflicto de conciencia de una madre, sin poderla ayudar con medios humanos"* (26-01-1934).

La separación de la fe la madre, que seguirá *"hasta el final"*, con admiración de Edith, *"fiel a su fe"* (04-10-1936), se superpone a sus sucesivos **exilios**: primero de la Universidad de Friburgo (1922), después del liceo de Spira

(1931), de la Academia pedagógica de Münster (1933), y por último, del mismo Carmelo de Colonia (1938), hasta la separación suprema del **Carmelo de Echt** (2 de agosto de 1942) por el campo de Amersfoort, el lager de Wersterbork (3 de agosto de 1942) y el de **Auschwitz-Birkenau** (7 de agosto de 1942), donde Edith y su hermana Rosa resultarán inmediatamente seleccionadas para su eliminación (**9 de agosto de 1942**).

Edith confirma que *"la historia de la salvación es la de un continuo caminar sobre las huellas del Señor... Un nuevo descubrimiento, una nueva experiencia de Dios en la historia, una nueva llamada suya pueden hacernos caminar en una dirección inesperada. Cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es (1 Jn 3,2)"* (C. Maccise).

Condición de la disponibilidad al éxodo es el abandono a Dios. Edith, enamorada del Carmelo - *"en la cima de mis pensamientos estaba sólo el monte Carmelo"* (27-03-1934) -, inundada por el agradecimiento de ser carmelita - *"no me queda sino dar gracias a Dios de continuo por la inmensa gracia, inmerecida, de la vocación"* (11-02-1935) -, sigue abierta a la **voluntad de Dios**: *"Soy consciente de que no tenemos una posición duradera aquí. No deseo más que se cumpla en mí y a través de mí la voluntad de Dios. Él sabe cuánto tiempo me dejará todavía aquí y lo que sucederá después.* In manibus tuis sortes meae... *No tengo por qué preocuparme"* (16-10-1939).

Dios está en todas partes porque vive en el corazón humano, más espacioso que cualquier otro lugar, incluso sagrado: *"Dios está con nosotros con toda la Trinidad. Si en el fondo del corazón construimos una celda bien protegida en la que retirarnos lo más a menudo posible, no nos faltará nada en cualquier situación nos encontremos"* (22-10-1938).

Ni siquiera en un lager. En el de Westerbork, tres días antes de su muerte, Edith dirá: *"Suceda lo que suceda, estoy preparada. Jesús está también aquí con nosotros"* (06-08-1942).



Edith Stein en 1938, cinco años después de su entrada al Carmelo de Colonia

Mártir

El mártir es el más pobre entre los pobres, y el más creíble de los evangelizadores. Edith Stein pasa de la *"alegre pobreza"* del Carmelo (26-01-1934) a la miseria amarga, anonadada, de las cámaras de gas. No por casualidad.

Desde el momento del bautismo se siente evangelizadora*: "Sólo soy un instrumento del Señor. Si uno viene a mí, querría llevarlo a Él"* (14-12-1930). *"Dios no llama a nadie únicamente para sí mismo"* (15-19-1938). *"Todos los días esta paz me parece una gracia inmensa que no se nos da para nosotras solas"* (02-01-1934).

Una auténtica evangelización no admite condicionamientos, es un testimonio fuerte y libre de la verdad: *"Nuestro actuar entre los demás resultará eficaz y estará bendecido por Dios sólo si no cedemos ni siquiera un centímetro del terreno seguro de la fe, y seguimos nuestra conciencia sin dejarnos influenciar por el respeto humano"* (20-03-1934)

Ninguna vacilación a la hora de dejar testimonio de la verdad, pero sí la convicción profunda de que Dios está en toda búsqueda sincera, más allá de la percepción de quien lo busca: *"Nunca me ha gustado pensar que la misericordia de Dios se pueda detener en las fronteras de la Iglesia visible.* ***Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios, lo sepa o no****"* (23-03-1938).

El **mártir** evangeliza porque su sacrificio es un ofrecimiento a Dios por sus hermanos. Edith Stein, que comparte con sus hermanos judíos el trágico destino que arrastró a seis millones de ellos, que muere cristiana, pero como hija de su pueblo martirizado" (**Juan Pablo II**, 1 de mayo de 1987), y - con explícita y repetida admisión - "para" este pueblo, nos recuerda que, si después de Auschwitz la fe es todavía posible, es porque "Dios mismo estuvo en Auschwitz, sufriendo con los mártires y los asesinados" (G. Dossetti, citando a J. Moltmann).

Su sacrificio lleva a los cristianos a "renovar la conciencia de las raíces judías de la fe... y a recordar que Jesús era descendiente de David; que del pueblo judío nacieron la Virgen y los Apóstoles; que la Iglesia obtiene su sustento en las raíces de aquel buen olivo en el que se han injertado las ramas del olivastro de los gentiles (ver Rm 11,17-24); que los judíos son nuestros queridos y amados hermanos" (*Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah, 16 de marzo de 1998*).

Edith incita a judíos y cristianos a nutrirse en los manantiales de la *"santa raíz"*, y a un *"respeto recíproco, compartido, como conviene a los que adoran al único Creador y Señor, y veneran a un padre común de la fe, Abraham"*.

Cómo llegué al Carmelo de Colonia

Muchas veces se oye la propuesta de no mencionar los convertidos al catolicismo para no herir susceptibilidades, y no entorpecer el ecumenismo o el diálogo interreligioso. Con motivo de la canonización de Edith Stein un coro de protestas se levantó de algún sector del judaísmo, e incluso alguno llegó a decir: "Es un premio a la apostasía".

Creemos que no es ésta una actitud adulta.

Los convertidos son, en general, personas especialmente aptas para el trabajo del verdadero diálogo, por su conocimiento no sólo intelectual sino también experimental de las partes que buscan dialogar. Y por su amor común a ambas partes.

Presentamos este pequeño escrito de Edith Stein, en el que explica como su ingreso en el Carmelo, lejos de ser una muestra de su desinterés por su pueblo -el hebreo- fue un acto de amor y ofrecimiento para unirse a la cruz que su pueblo tuvo que cargar en esos terribles días.

Dos días antes de partir vino a visitarme su padre (Hans Biberstein). Era grande el apremio que le movía a exponerme sus reparos aunque no se prometiera ningún resultado. Lo que yo quería realizar acentuaba agudamente la línea de división con el pueblo judío, que por entonces estaba tan oprimido. El no podía comprender que la misma cosa fuera de otra manera muy distinta

desde mi punto de vista.

La incomprensión la acompañó en su momento, pero su amor fue más grande, al punto de sacrificarse por aquellos que no la entendieron. Cómo Dios aceptó su ofrecimiento, es algo que ya sabemos: mártir de Cristo por amor al pueblo hebreo.

Quizás, después de Navidad, abandonaré esta casa. Las circunstancias que han hecho necesario mi traslado a Echt (Holanda), me recuerdan vivamente las condiciones del momento de mi entrada. Una profunda conexión existe entre ellas.



Cuando a principios del año 1933 se erigió el “Tercer Reich”, hacía un año que era profesora en el Instituto alemán de Pedagogía en Münster de Westfalia. Vivía en el “Collegium Marianum” en medio de un gran número de estudiantes religiosas de distintas congregaciones y de un pequeño grupo de otras estudiantes. Cariñosamente atendida por las religiosas de Nuestra Señora. Una tarde de Cuaresma regresé tarde a casa de una reunión de la Asociación de Académicos católicos. No sé si había olvidado la llave o estaba metida otra llave por dentro. De todos modos no pude entrar en casa. Con el timbre y con palmadas traté de ver si alguien se asomaba a la ventana, pero fue inútil. Las estudiantes que dormían en las habitaciones que dan a la calle estaban ya de vacaciones. Un señor que pasaba por allí me preguntó si podía ayudarme. Al dirigirme hacia él, hizo una profunda reverencia y

dijo: “Srta. Doctora Stein, ahora la reconozco”.

Era un maestro católico, miembro de la Asociación de trabajo del Instituto. Pidió perdón por un momento para hablar con su mujer que, con otra señora, iba más adelante. Habló un par de palabras con ella y se volvió hacia mi. “Mi señora la invita de todo corazón a pasar esta noche con nosotros”. Era una buena solución; acepté dándole las gracias. Me llevaron a una sencilla casa burguesa. Tomamos asiento en el salón. La amable señora colocó una fuente con fruta sobre la mesa y se marchó para prepararme una habitación. Su marido comenzó a conversar y a contarme lo que los periódicos americanos decían de las crueldades que se cometían contra los judíos. Eran noticias sin fundamento que no quiero repetir. Sólo ahora tengo la impresión de revivir lo de aquella noche. Ya antes había oído hablar de las fuertes medidas contra los judíos. Pero entonces me vino como una luz, que Dios nuevamente había dejado caer su mano pesada sobre su pueblo y que el destine de este pueblo también era el mío. Yo no dejé advertir al señor que estaba conmigo lo que en aquel instante pasaba dentro de mí. Nada sabía él de mi origen. En tales casos solía hacer la oportuna observación. Esta vez no lo hice. Me parecía como herir la hospitalidad si con tal noticia iba a perturbar el descanso nocturno.

El Jueves de la Semana de Pasión fui a Beuron. Desde 1928 había celebrado allí todos los años la Semana Santa y Pascua, haciendo en silencio ejercicios espirituales. Esta vez me llevaba un motivo especial. En las últimas semanas había pensado continuamente si no podría hacer algo en la cuestión de los judíos. Últimamente había planeado viajar a Roma y tener con el Santo Padre una audiencia privada para pedirle una Encíclica. Sin embargo no quería dar este paso por mi propia cuenta. Había hecho ya hacía varios años los santos votos en privado. Desde que hallé en Beuron una especie de patria monacal, vi en el Abad Rafael el “Abad de mi vida”, y le presentaba, para su resolución, toda cuestión importante. No era seguro que le pudiera encontrar. Había emprendido a principios de enero un viaje al Japón. Pero sabía que el haría todo lo posible por estar allí en la Semana Santa.

Aunque era muy propio de mi manera de ser dar tal paso exterior, sentía, sin embargo, que aún no era el “oportuno”. En qué

consistiese lo oportuno, aún no lo sabía. En Colonia interrumpí el viaje del jueves por la tarde hasta el viernes por la mañana. Tenía allí una catecúmena a la que de todas formas tenía que dedicar algo de tiempo. Le escribí que se enterara dónde podríamos asistir por la tarde a la “Hora Santa”. Era la víspera del primer viernes de abril y en aquel “Año Santo” de 1933 se celebraba más solemnemente la memoria de la Pasión de Nuestro Señor. A las ocho de la tarde nos encontrábamos en la Hora Santa en el Carmelo de Colonia-Lindenthal. Un sacerdote (el vicario catedralicio Wüsten, como supe después) dirigió una alocución anunciando que en adelante se tendría aquella celebración todos los jueves. Hablaba bien y conmovido, pero a mí me ocupaba otra cosa más honda que sus palabras. Yo hablaba con el Salvador y le decía que sabía que era su cruz la que ahora había sido puesta sobre el pueblo judío. La mayoría no lo comprendían, pero aquellos que lo sabían, deberían cargarla libremente sobre sí en nombre de todos. Yo quería hacer esto. Él únicamente debía mostrarme cómo. Al terminar la celebración tuve la certeza interior de que había sido escuchada. Pero dónde tenía que llevar la cruz, eso aún no lo sabía.

A la mañana siguiente continué mi viaje a Beuron. Al hacer trasbordo al anochecer en Immendingen me encontré con el P. Aloys Mager. El último trayecto lo hicimos juntos. Poco después del saludo me había comunicado la noticia mas importante de Beuron: “el P.Abad ha regresado esta mañana sano y salvo del Japón”. Así todo estaba en orden.

Mis informes de Roma dieron por resultado que a causa del gran ajetreo no tenía posibilidades de una audiencia privada. Sólo para una “pequeña” audiencia (es decir, en un grupo pequeño) se me podría ayudar en algo. Con eso no me bastaba, por lo que desistí de mi viaje y me decidí por escribir. Sé que mi carta fue entregada sellada al Santo Padre. Algún tiempo después recibí su bendición para mí y para mis familiares. Ninguna otra cosa se consiguió. Más adelante pensé muchas veces si no le habría pasado por la cabeza el contenido de mi carta, pues, en los años sucesivos se fue cumpliendo punto por punto lo que yo allí anunciaba para el futuro del Catolicismo en Alemania.

Antes de mi partida pregunté al Padre Abad qué debía hacer si se terminaba mi actividad en Münster. Para él era imposible pensar

que pudiera suceder aquello. Durante mi viaje a Münster leí en un periódico la crónica de una gran reunión de maestros nacional-socialistas, en la que habían participado también juntas confesionales. Era claro para mí que en la enseñanza era donde menos se tolerarían influencias contrarias a la dirección del poder. El Instituto en el que yo trabajaba era exclusivamente católico, fundado por la Liga de maestros y maestras católicos y sostenido asimismo por ella. Por lo mismo, sus días estaban contados. Yo podía contar justamente con el fin de mi breve carrera de profesora.

El 19 de abril estaba de vuelta en Münster. Al día siguiente fui al Instituto. El Director estaba de vacaciones en Grecia. El administrador, un profesor católico, me condujo a su oficina y desahogo conmigo su dolor. Hacía semanas que estaba haciendo agitadas gestiones y se hallaba desmoralizado. "Calcule usted, señorita doctora, que alguien ha dicho: ¿la señorita doctora Stein no podrá continuar dando sus lecciones?". Sería mejor que renunciara yo a anunciar lecciones para este verano y trabajara en silencio en el Marianum. Hasta el otoño se podía haber despejado la situación, el Instituto pudiera haber pasado a cargo de la Iglesia y entonces nada se opondría a mi colaboración. Recibí el comunicado muy serenamente. No necesitaba ser consolada. "Si esto no resulta -dije yo-, entonces ya no queda para mí ninguna posibilidad en Alemania". El administrador me expresó su admiración de que yo viera tan claro, a pesar de que vivía tan abstraída y me preocupaba tan poco de las cosas de este mundo.

Me sentía casi mejor al ver que también me tocaba la suerte general, pero tenía que reflexionar sobre lo que debía hacer en adelante. Pregunté su opinión a la presidenta de la Liga de maestras católicas. Ella había sido la causa de que yo hubiese venido a Münster. Me aconsejó que me quedara en todo caso aquel verano en Münster y que prosiguiese el trabajo científico comenzado. La Liga cuidaría de mi sustento, ya que podría reportar alguna ganancia con mi trabajo. Si no me fuera posible reanudar mi actividad en el Instituto, podría mirar más adelante las posibilidades que se ofrecieran en el extranjero. Efectivamente me llegó un ofrecimiento de Sudamérica. Mas cuando vino se me había mostrado ya otro camino muy distinto.

Unos diez días después de mi retorno de Beuron me vino el

pensamiento: ¿no será ya tiempo, por fin, de ir al Carmelo? Desde hacía casi doce años era el Carmelo mi meta. Desde que en el verano de 1921 cayó en mis manes la “Vida” de nuestra Santa Madre Teresa y puso fin a mi larga búsqueda de la verdadera fe. Cuando recibí el bautismo el día de Año Nuevo de 1922, pensé que aquello era sólo una preparación para la entrada en la Orden. Pero unos meses más tarde, después de mi bautismo, al hacérselo presente a mi madre, vi muy claro que no podría encajar el segundo golpe. No hubiese muerto, pero hubiese sido como llenarla de una amargura que yo no podría tomar sobre mí. Debía esperar con paciencia. Así me lo aseguraron también mis directores espirituales. La espera se me hizo últimamente muy dura. Me había vuelto una extraña en el mundo. Antes de aceptar la actividad en Münster y después del primer semestre pedí con mucho apremio permiso para poder entrar en la Orden.

Me fue negado con miras a mi madre y a la actividad que desempeñaba desde hacía varios años en la vida de círculos católicos. Me avine a ello. Pero ahora los muros habían sido derribados. Mi actividad había tocado a su fin. Y ¿mi madre no preferiría saber que estaba en un convento de Alemania que no en una escuela en Sudamérica? El 30 de abril, domingo del Buen Pastor, se celebraba en la iglesia de San Ludgerio la fiesta de su patrón con trece horas de adoración. A última hora de la tarde me dirigí allí y me dije: “no me iré de aquí hasta que no vea claramente si tengo que ir ya al Carmelo”. Cuando se impartió la bendición tenía yo el sí del Buen Pastor.

Aquella misma noche escribí al Padre Abad. Estaba en Roma y no quise enviar la carta por la frontera. Encima del escritorio esperaría hasta que la pudiese enviar a Beuron. Hacia mediados de mayo obtuve el permiso para dar los primeros pasos. Lo hice enseguida. Por mi catecúmena en Colonia supliqué una entrevista a la señorita doctora Cosack. Nos habíamos encontrado en octubre de 1932 en Aquisgrán. Se me presentó porque sabía que yo rondaba muy cerca del Carmelo y me dijo que ella mantenía una estrecha relación con la Orden y especialmente con el Carmelo de Colonia. Por ella quería enterarme de las posibilidades. Me contestó que el domingo anterior a la fiesta de la Ascensión podría disponer de algún tiempo para mí.

Recibí la noticia el sábado con el correo de la mañana. A mediodía

me dirigí hacia Colonia. Quedé de acuerdo por teléfono con la doctora Cosack para que fuera a buscarme a la mañana siguiente para dar un paseo juntas. Ni ella ni mi catecúmena sabían por el momento para qué había venido. Esta me acompañó a la misa de la mañana al Carmelo. A la vuelta me dijo: "Edith, mientras estaba arrodillada a su lado, me vino la idea de que quiere entrar ahora en el Carmelo". No quise ocultarle por más tiempo mi secreto. Me prometió no decir nada. Algo más tarde llegó la señorita doctora Cosack.

Tan pronto como estuvimos de camino hacia el parque de la ciudad, le dije lo que deseaba. Le añadí además lo que se podría alegar contra mi: mi edad (42 años), mi ascendencia judía, mi falta de dote. Ella encontró que esto no dificultaría mi deseo. Me dio esperanzas de que podría ser admitida aquí en Colonia, ya que quedarían algunos puestos libres con la nueva fundación de Silesia: una nueva fundación a las puertas de mi ciudad, Breslavia. ¿No era esto una señal del cielo?

Di a la señorita Cosack tan amplio informe de mi evolución para que ella misma pudiera formarse un juicio sobre mi vocación al Carmelo. Me propuso hacer las dos juntas una visita al Carmelo. Ella mantenía especialmente contacto con Sor Marianne (Condesa Praschma), que tenía que ir a Silesia para la fundación. Con ella quería hablar primero. Mientras ella estaba en el locutorio, estaba yo arrodillada muy cerca del altar de Santa Teresita. Me sobrecogió la paz del hombre que ha llegado a su fin. La entrevista duró mucho. Cuando finalmente me llamó la señorita Cosack, me dijo confiadamente: "Creo que se hará algo". Había hablado primero con la hermana Marianne y a continuación con la Madre Priora (entonces Madre Josefa del Santísimo Sacramento) y me había preparado bien el camino. Pero ya no daba el horario del monasterio más tiempo para locutorio. Tenía que volver después de vísperas. Mucho antes de vísperas ya estaba yo nuevamente en la capilla y recé las vísperas con ellas. Tenían también el ejercicio de mayo tras las rejas del coro. Eran las tres y media cuando fui llamada al locutorio. Madre Josefa y nuestra amada Madre (Teresa Renata del Espíritu Santo, entonces subpriora y maestra de novicias) estaban en la reja. Nuevamente di cuenta de mi camino: cómo el pensamiento del Carmelo no me había abandonado nunca; que había estado ocho años en las dominicas de Espira como profesora; cuán íntimamente había estado unida

con el convento y no quise entrar allí; había considerado a Beuron como la antesala del cielo y, no obstante, nunca pensé hacerme benedictina. Siempre fue como si el Señor me reservase en el Carmelo lo que sólo ahí podía encontrar. Les conmovió. La Madre Teresa únicamente tenia el escrúpulo de la responsabilidad que se podía adquirir admitiendo a alguien del mundo que pudiera hacer aún tanto fuera. Por último me dijeron que tendría que volver cuando el P. Provincial estuviera allí. Le esperaban pronto.

Por la tarde regresé a Münster. Había adelantado mucho más de lo que hubiera podido esperar a mi partida. Pero el P. Provincial se hizo esperar. Durante los días de Pentecostés estuve muchas veces en la catedral de Münster. Movida por el Espíritu Santo escribí a la Madre Josefa pidiéndole con insistencia una respuesta rápida, ya que por mi situación incierta quería saber con claridad con qué podía contar. Fui llamada a Colonia. El Padre delegado del convento quería recibirme sin aguardar más al Provincial. Debía ser propuesta esta vez a las capitulares que debían votar mi admisión. Estuve en Colonia otra vez desde el sábado por la tarde hasta el domingo por la noche (creo que era el 18-19 de junio). Madre Josefa, Madre Teresa y la Hna. Marianne me dijeron que antes de hacer mi visita al señor Prelado debía presentarme a mi amiga.

Ya iba para casa del Dr. Lenné cuando fui sorprendida por una tormenta, llegando completamente empapada. Tuve que esperar una hora antes de que él apareciese. Después del saludo se llevó la mano a la frente y me dijo: “¿Qué era, pues, lo que tú deseabas de mí? Lo he olvidado completamente”. Le respondí que era una aspirante para el Carmelo de la cual él ya tenía noticia. Cayó en la cuenta y cesó de tutearme. Más tarde supe que con aquello quería probarme. Yo lo había tragado todo sin pestañear. Me hizo que le contase de nuevo todo lo que él ya sabía. Me dijo los reparos que él pondría contra mí, asegurándome galantemente que las monjas ordinariamente no se vuelven atrás por sus objeciones y que el trataría de unirse buenamente con ellas. Me despidió dándome su bendición.

Después de vísperas vinieron todas las capitulares a la reja. Nuestra amada Madre Teresa, la más anciana, se acercó más a ella para ver y oír mejor. La Hna. Aloisia, muy entusiasta de la liturgia, quiso saber algo de Beuron. Con esto podía tener

esperanzas. Por último tuve que cantar un cántico. Ya me lo habían dicho el día anterior, pero yo lo había tomado como una broma. Canté: “Bendice, Tú, María…”, algo tímida y en voz baja.

Después dije que se me había hecho más difícil que hablar ante mil personas. Según supe más tarde, las monjas no lo captaron pues no estaban enteradas de mi actividad de conferenciante. Una vez que las monjas se habían alejado, me dijo la Madre Josefa que la votación no podría hacerse hasta la mañana siguiente. Tuve que partir aquella noche sin saber nada.

La Hna. Marianne, con quien hablé a lo ultimo a solas, me prometió un aviso telegráfico. Efectivamente, al día siguiente recibí el telegrama: “Alegre aprobación. Saludos. Carmelo”. Lo leí y me fui a la capilla para dar gracias.

Habíamos convenido ya todo lo demás. Hasta el 15 de julio tenía tiempo para liquidar todo en Münster. El día 16, festividad de la Reina del Carmelo, lo celebraría en Colonia. Allí debía permanecer un mes como huésped en las habitaciones de la portería, a mediados de agosto ir a casa, y en la fiesta de nuestra Santa Madre, 15 de octubre, ser recibida en clausura. Se había previsto además mi traslado posterior al Carmelo de Silesia.

Seis grandes baúles de libros precedieron mi viaje a Colonia. Escribí por esto que ninguna otra carmelita había llevado consigo una tal dote. La Hna. Ursula se preocupó de su custodia y se dio buena mana para dejar separados, al desempaquetar, los de teología, filosofía, filología, etc. (así estaban clasificados los baúles) Pero al final todos se mezclaron.

En Münster sabían muy pocas personas a dónde iba. Quería, en cuanto fuera posible, mantenerlo en secreto mientras mis familiares aún no lo supiesen. Una de las pocas era la superiora del Marianum. Se lo había confiado tan pronto como recibí el telegrama. Se había preocupado por mí y se alegró muchísimo. En la sala de música del colegio tuvo lugar, poco antes de mi partida, una velada de despedida. Las estudiantes la habían preparado con mucho cariño y también las religiosas tomaron parte en ella. Yo se lo agradecí en dos palabras y les dije que cuando se enterasen más tarde de dónde estaba se alegrarían conmigo.

Las religiosas de casa me regalaron una cruz relicario que les había

dado a ellas el difunto obispo Juan Poggenburg. La Madre superiora me lo trajo en una bandeja cubierta de rosas. Cinco estudiantes y la bibliotecaria fueron conmigo hasta el tren. Pude llevar para la Reina del Carmelo en su fiesta hermosos ramos de rosas. Poco más de año y medio hacía que había llegado como una extraña a Münster. Prescindiendo de mi actividad docente, había vivido allí en el retiro claustral. No obstante dejaba ahora un gran círculo de personas que me tenían amor y fidelidad. Siempre he conservado el recuerdo cariñoso y agradecido de la hermosa y vieja ciudad y toda la comarca de Munster.

Había escrito a casa diciendo que había encontrado acogida entre las monjas de Colonia y que en octubre me trasladaría definitivamente allí. Me felicitaron como por un nuevo trabajo.

El mes en las habitaciones de la portería del convento fue un tiempo felicísimo. Seguía el horario, trabajaba en las horas libres y tenía que ir con frecuencia al locutorio. Todas las cuestiones que surgían se las hacía presentes a la Madre Josefa. Su decisión era siempre tal como hubiera sido la mía. Esta íntima conformidad me alegraba muchísimo. A menudo estaba mi catecúmena conmigo.

Quería ser bautizada antes de mi partida, a fin de que pudiera ser su madrina. El 1 de agosto la bautizó el Prelado Lenné en la sala capitular de la catedral, y a la mañana siguiente recibió la Primera Comunión en la capilla del convento. Su esposo estuvo presente en las dos ceremonias, pero no pudo decidirse a seguirla. El 10 de agosto me encontré con el P. Abad en Tréveris, y recibí su bendición para el duro camino hacía Breslavia. Vi la santa túnica y pedí fuerza. Largo rato permanecí arrodillada delante de la imagen de San Matías. Por la noche recibí cariñoso hospedaje en el Carmelo de Cordel donde nuestra amada Madre Teresa Renata fue maestra de novicias durante nueve años hasta que fue nombrada subpriora de Colonia. El 14 de agosto partí junto con mi ahijada a Maria Laach para la fiesta de la Asunción. Desde allí proseguí mi viaje hasta Breslavia.

En la estación me esperaba mi hermana Rosa. Como hacía mucho tiempo que pertenecía en su interior a la Iglesia y estaba perfectamente unida conmigo, le dije inmediatamente lo que pretendía. No mostró ninguna admiración, pero pude advertir que nunca le había pasado por la imaginación. Los demás no

preguntaron nada hasta después de dos o tres semanas. Sólo mi sobrinoWolfgang (entonces de 21 años) se enteró tan pronto como llegó a hacerme una visita de lo que iba a hacer en Colonia. Le di una respuesta verdadera y le supliqué que guardara silencio por entonces.

Mi mamá sufría mucho a causa de las circunstancias del tiempo Le alteraba el que "hubiera hombres tan malos". A esto se sumó una pérdida personal que le afectó mucho. Mi hermana Erna tuvo que tomar a su cargo la praxis de nuestra amiga Lilli Berg, que entonces marchó con su familia a Palestina. Los Biberstein ocuparon la casa de Berg al sur de la ciudad, abandonando la nuestra. Erna y sus dos niños eran el consuelo y la alegría de mamá. Tener que apartarse de su trato diario fue para ella muy amargo. A pesar de todas las preocupaciones que la oprimían, revivió cuando yo llegué. Apareció de nuevo su alegría y su humor. Al regresar de su negocio, se sentaba muy satisfecha con su labor de punto al lado de mi escritorio contándome todos sus problemas caseros. Hice que me refiriera también sus primeros recuerdos como materia para una historia de nuestra familia que entonces comencé. Aquellos ratos magníficos la encantaban visiblemente. Pero yo pensaba para mí: ¡Si supieras ...!

Para mí era sumamente consolador que estuvieran entonces en Breslavia la Hna. Marianne con su prima la Hna. Elisabeth (Condesa Stolberg), preparando la fundación del convento. Habían partido desde Colonia ya antes que yo. La Hna. Marianne había visitado a mi madre y le había llevado mis saludos. Vino dos veces durante mi ausencia, portándose maravillosamente con mi madre. La visité en las Ursulinas de Ritterplatz, donde se hospedaba, pudiéndole contar libremente cómo estaba mi corazón. Yo recibí a mi vez cuenta detallada de las alegrías y habían partido desde Colonia ya sufrimientos padecidos en la nueva fundación. También inspeccioné con ellas el solar de Pawelwitz (ahora Wendelborn).

Ayudé mucho a Erna en el traslado. En una de las idas en el tranvía a la nueva casa le expuse finalmente la cuestión de mis propósitos en Colonia. Al oírlo, se quedó pálida y derramó copiosas lágrimas. "Es algo horrible estar en el mundo", replicó ella, "lo que a unos hace feliz es para otros lo peor que les pudiera

pasar". No hizo ningún esfuerzo por disuadirme. Unos días más tarde me dijo por encargo de su esposo que si en algo influía en mi resolución la preocupación por mi existencia, podía estar segura de poder vivir con ellos mientras algo tuvieran (lo mismo me había dicho mi cuñado en Hamburgo). Erna añadió que ella era sólo trasmisora de aquello. Sabía bien que tales motivos no suponían nada para mí.

El primer domingo de septiembre estaba sola con mi madre en casa. Ella estaba sentada haciendo punto junto a la ventana. Yo muy cerca de ella. Por fin me soltó la pregunta por largo tiempo esperada: "¿Qué es lo que vas a hacer con las monjas de Colonia?" "Vivir con ellas". Siguió una lucha desesperada. Mi madre no cesó de trabajar. Su ovillo se enredó, tratando con sus manos temblorosas de ponerlo nuevamente en orden, a lo que le ayudé yo, mientras continuaba el diálogo entre las dos.

Desde aquel momento se perdió la paz. Un peso oprimió toda la casa. De vez en cuando mi madre me dirigía un nuevo ataque al que seguía una nueva desesperación en silencio. Mi sobrina Erika, la judía más piadosa y estricta, sintió como un deber suyo avisarme. Mis hermanas no lo hicieron, porque sabían que no tenía remedio alguno. Se empeoró el asunto cuando llegó de Hamburgo mi hermana Elsa para el cumpleaños de mi madre. Al hablar conmigo, mi madre se dominaba, pero al hablar con Elsa se desquitaba. Mi hermana me contaba después aquellas explosiones, pensando que no conocía cómo estaba el estado de ánimo de la madre. Pesaba también sobre la familia una gran preocupación económica. El negocio hacía tiempo que iba mal. Ahora quedaba vacía la mitad de la casa, donde habían vivido los Biberstein. Todos los días venían personas para ver las condiciones, pero no resultaba nada. Uno de los solicitantes más interesados era una comunidad de la Iglesia protestante. Vinieron dos pastores de ella y a ruegos de mi madre fui con ellos a ver el solar vacío, pues ella estaba muy cansada. Llevamos las cosas tan adelante que incluso se hablaron las condiciones. Lo comuniqué a mi madre que me pidió que escribiese inmediatamente al Pastor principal solicitándole por escrito una respuesta afirmativa. Esta fue dada. Pero poco antes de mi partida, el asunto amenazaba fracasar. Quise quitar al menos esta preocupación a mi madre y me presenté en casa del referido señor. Parecía que no había ya nada que hacer. Cuando me fui a despedir, me dijo: "Por lo visto

queda usted muy triste y eso me apena". Le conté cómo mi madre estaba entonces tan acongojada con sus muchas preocupaciones. Me preguntó qué clase de preocupaciones eran aquéllas. Le hablé brevemente de mi conversión y de mis deseos por el convento. Esto le impresionó profundamente. "Debe usted saber antes de irse que aquí ha conquistado un corazón". Llamó a su señora y tras una rápida discusión decidieron convocar nuevamente la junta directiva de la Iglesia y proponer otra vez la oferta. Aún antes de marcharme vino el Pastor principal con su colega a nuestra casa para cerrar el trato. Al despedirse me dijo en voz baja: “¡Dios la guarde!”.

La Hna. Marianne tuvo todavía a solas una entrevista con mi madre. No se podía alcanzar mucho más. La Hna. Marianne no podía dejarse coaccionar (como mi madre esperaba). No quedaba otro consuelo. Ambas hermanas no se hubieran atrevido a fortalecer con palabras de aliento mi decisión. Era tan difícil que nadie podía asegurarme: este o aquel camino es el recto. Para ambos se podían aducir buenas razones. Debía dar el paso sumergida completamente en la oscuridad de la fe. Muchas veces durante aquellas semanas pensaba: ¿Quién se quebrantará antes de las dos, mi madre o yo? Pero ambas perseveramos hasta el fin.

Poco antes de partir fui también a que me miraran los dientes. Estaba sentada en la sala de espera de la doctora, cuando de repente se abrió la puerta y entró mi sobrina Susel. Se puso radiante de alegría. Habíamos llamado al mismo tiempo sin saberlo. Pasamos juntas a la consulta y me acompañó después a casa. Susel tenia entonces doce años, siendo muy madura y reflexiva para su edad. Yo no había hablado nunca a los niños de mi conversión a la fe. Pero Erna se lo había contado. Yo se lo agradezco. Le pedí a la niña que cuando yo me fuese procurara hacer muchas visitas a la abuelita. Ella me lo prometió. "Pero, ¿por qué haces tú ahora esto?" me preguntó. Pude enterarme de las conversaciones que ella había oído a sus papás. Yo le expliqué mis motivos como a una persona mayor. Escuchó muy atentamente y me comprendió.

Dos días antes de partir vino a visitarme su padre (Hans Biberstein). Era grande el apremio que le movía a exponerme sus reparos aunque no se prometiera ningún resultado. Lo que yo quería realizar acentuaba agudamente la línea de división con el

pueblo judío, que por entonces estaba tan oprimido. El no podía comprender que la misma cosa fuera de otra manera muy distinta desde mi punto de vista.

El último día que yo pasé en casa fue el 12 de octubre, día de mi cumpleaños. Era, a la vez, una festividad judía, el cierre de la fiesta de los tabernáculos. Mi madre asistió a la celebración en la sinagoga del seminario de rabinos. Yo la acompañé, pues al menos aquel día se imponía que lo pasáramos juntas. El rabino preferido por Erika, un gran sabio, tuvo una bella exhortación. Durante el viaje de ida en el tranvía no hablamos mucho. Para darle un pequeño consuelo le dije: "La primera temporada es sólo de prueba". Pero esto no ayudó en nada. "Cuando te propones tú una prueba, bien sé yo que la superas". Después se le antojó a mi madre volver a pie. ¡Algo más de tres cuartos de hora con sus 84 años! Pero tuve que dejarla, pues noté que quería hablar francamente conmigo.

“¿No era hermosa la homilía?”. "Sí".

"¿No es posible entonces ser un judío piadoso?". "Ciertamente, cuando no se conoce otra cosa".

En aquel momento se vuelve hacia mí profundamente alterada: “¿Entonces por qué la has conocido tú? No se puede decir nada contra él. Puede que sea un hombre bueno. Pero, ¿por qué se ha hecho Dios?”

Concluida la comida se marchó al negocio para que mi hermana Frieda no estuviera sola durante la comida de mi hermano. Pero me dijo que pensaba volver enseguida. Y así lo hizo (sólo por mí; en otro caso estaba durante todo el día en el negocio). Después de comer y por la tarde llegaron muchos huéspedes, todos los hermanos con los niños y mis amigas. Por una parte estaba bien en cuanto que quitaba un poco la tensión del ambiente. Pero por otro lado era peor a medida que uno tras otro se iban despidiendo Al final quedamos mi madre y yo solas en el cuarto. Mis hermanas tenían aún mucho que lavar y recoger. De pronto echó ambas manes a su rostro y comenzó a llorar. Me puse detrás de su silla y estreché fuertemente su cabeza plateada sobre mi pecho. Así permanecimos largo rato hasta que me dijo que se marchaba a la cama. La llevé hasta arriba y la ayudé a desnudarse, la primera vez

en la vida. Me senté después en su cama hasta que me mandó a dormir. Ninguna de las dos pudimos conciliar el sueño aquella noche.

Mi tren partía algo temprano, alrededor de las ocho. Elsa y Rosa quisieron acompañarme al tren. Igualmente Erna hubiese deseado ir a la estación. Pero le rogué que viniera temprano a casa para quedarse con mi madre. Sabía que ésta podría tranquilizarse más con ella que con nadie. Como éramos las dos más pequeñas, habíamos conservado siempre la ternura filial para con la madre. Las hermanas mayores le tenían un poco de miedo, aunque su amor no era ciertamente menor.

A las cinco y media salí como siempre de casa para oír la primera Misa en la iglesia de San Miguel. Luego nos reunimos todas para el desayuno. Erna vino hacia las siete. Mi madre trató de tomar algo pero en seguida retiró la taza y comenzó a llorar como la noche anterior.

Nuevamente me acerqué a ella y la abracé, estando así hasta el momento de partir. Hice una señal a Erna para que viniera a ocupar mi lugar. Dejé el sombrero y el abrigo en la habitación de al lado. Y luego la despedida. Mi madre me abrazó y besó con el mayor cariño. Erika agradeció mi ayuda (había trabajado algo con ella para sus exámenes de maestra en la escuela media; viniendo a mí con sus preguntas mientras yo estaba con mis maletas). Al final exclamó: "El Eterno te asista". Cuando estaba abrazando a Erna, mi madre sollozaba en alto. Salí rápidamente. Rosa y Elsa me siguieron. Al pasar el tranvía por delante de nuestra casa, no había nadie a la ventana para hacer, como otras veces, unas señales de adiós.

En la estación tuvimos que esperar algo hasta que llegó el tren. Elsa se agarró fuertemente a mí. Cuando había buscado un sitio y miré a mis dos hermanas, quedé sorprendida de la diferencia de ambas. Rosa estaba tan serena y tranquila como si se viniera conmigo a la paz del convento. El aspecto de Elsa se tornó súbitamente por el dolor como el de una anciana.

Finalmente el tren se puso en movimiento. Ambas continuaron agitando sus manos mientras se las podía ver. Después desaparecieron. Me pude acomodar en mi puesto en el

compartimiento. Era realidad lo que hacía poco apenas me atrevía a soñar. Ninguna explosión de alegría al exterior. Era terrible lo que quedaba tras de mí. Pero estaba profundamente tranquila, en el puerto de la voluntad divina.



Hacia el anochecer llegué a Colonia. Mi ahijada me rogó que pasara nuevamente la noche con ella. Sería recibida en la clausura al día siguiente después de vísperas. Avisé por teléfono de mi llegada al convento y tuve que acercarme a la reja para saludar. Después de comer estábamos nuevamente ambas allí para asistir, desde la capilla, a las primeras vísperas de nuestra Santa Madre.

Estando arrodillada delante del presbiterio, oí susurrar en el torno de la sacristía: “¿Está Edith fuera?”. Habían traído enormes crisantemos blancos. Los habían enviado como saludo las profesoras desde el Pfalz. Los tenía que ver antes de que adornaran el altar. Después de las vísperas tomamos aún juntas el café. Se acercó una señorita hermana de nuestra amada Madre Teresa Renata. Preguntó cuál de nosotras era la postulante pues quería animarla un poco. Pero no lo necesitaba. Ésta y mi ahijada me acompañaron hasta la puerta de la clausura. Finalmente se abrió. Y yo atravesé con profunda paz el umbral de la Casa del Señor.